

LORENA FRANCO

DONDE
HABITA EL
OLVIDO



Antes de entrar, asegúrate de saber donde
está la salida...

Copyright © 2016 Lorena Franco
Registro Propiedad Intelectual
Todos los derechos reservados
©DONDE HABITA EL OLVIDO

ASIN EBOOK: B01GTSCRD4

ISBN-13: 978-1533559364

ISBN-10: 1533559368

También disponible en papel. Primera edición:
Junio 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).



ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

**Gracias por adquirir este EBOOK.
También disponible en formato
impreso en Amazon.**

Visita **[eBooks Amazon Blog](#)** y
descubre mucho más sobre Lorena
Franco y sus novelas.

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



CAPÍTULO 1

“Algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa, en última instancia, puede causar un tifón al otro lado del mundo”

LONDRES, AÑO 2003

Desde que era niño, Tom Levy tenía extrañas visiones que complicaban su existencia. A lo largo de sus veinticinco años, no recordaba una noche en la que en sus sueños no

hubieran aparecido mariposas. Mariposas cuyo aleteo era enérgico y poderoso. Un aleteo que podía dominar el mundo y hacerlo trizas si así lo deseaba. Pero no solo las mariposas se apoderaban de su mente de manera regular. A menudo, permanecía durante horas en estado de trance visualizando muertes, sangre, violencia, persecuciones, ira, mal... Y agua. Agua teñida de multitud de colores... especialmente el rojo. El color de la sangre. Del dolor.

Al recuperarse, sentía escalofríos e incluso la luz solar le molestaba.

Tom Levy, tuvo una infancia muy complicada debido a su don. Un don

terrible que sus padres desconocían y aunque los profesores les decían que su hijo no era “normal” y no se relacionaba adecuadamente con los demás niños de su clase, Roger y Clara Levy no lo tomaron en cuenta. En casa, no daba muestras de comportamientos extraños ante ellos por los que preocuparse y eso les bastaba. Preferían vivir con una venda en los ojos sin reconocer la verdad, por culpa de unos hechos del pasado que preferían olvidar. La vida no se había portado bien con el matrimonio Levy y lo que menos querían, era aceptar que su hijo tuviese problemas desde su más tierna infancia.

Sin embargo, era cierto que Tom, siempre estaba solo. En el recreo,

ningún otro niño se acercaba a él. Solo la pequeña y dulce Amy Campbell. Amy, compartía su bocadillo con Tom sin importarle lo que dijeran los demás. Le daba igual que el resto de niños también le dieran la espalda a ella por acercarse demasiado al “bicho raro”. Amy le hacía reír contándole chistes o graciosas historias que se inventaba solo para él. Para el niño triste y solitario por el que esa niña de cabello rubio y preciosos ojos azules, sentía compasión. Era la única persona que hacía que Tom, se sintiera un niño como los demás. La única que conseguía que sus días, fueran un poco más agradables y se olvidara de las terroríficas imágenes que le acompañaban a todas horas. Tanto

despierto, como en sus sueños.

Con los años, Tom y Amy se hicieron muy amigos. Amy siempre lo protegía de las críticas o ataques que Tom recibía. Nunca lo abandonaría. Nunca. Fueron al mismo instituto y aunque las carreras universitarias que eligieron los separaran, seguían viéndose diariamente y así... surgió el amor. Amy era la única persona que conocía el problema de Tom desde hacía tiempo. Lo sabía todo sobre su don, que resultaba ser también, su maldición. Cuando lo veía paralizado, esperaba. Y esperaba... paciente y sin dar muestras de ningún temor. Sabía que pasaría, que Tom era fuerte y podría

escabullirse de esas imágenes que no le permitían ser una persona normal y corriente. Quizá fuera eso lo que enamoró a Amy desde su más tierna infancia. Tom era diferente, especial. Un ser único en el mundo, que a pesar del sufrimiento que padecía, se había convertido en alguien indispensable en su vida.

Pero todo cambiaría una mañana del mes de octubre del año 2003. Tom, quien había empezado a trabajar en un estudio de arquitectura, empezó a mostrarse más raro de lo habitual. Amy, al principio no le dio mucha importancia, porque siempre había sido así. Complicado. Pero al tercer día de

no dar señales de vida, decidió ir a su apartamento para ver qué era lo que pasaba. Tocó al timbre centenares de veces y al no obtener respuesta, utilizó una copia de la llave que siempre llevaba en el bolso. Al entrar en el apartamento de Tom, lo vio todo sucio y desordenado. Olía mal, el apartamento llevaba días sin ventilarse. Entró sigilosamente en el dormitorio y vio a Tom dormido. Ojeroso y pálido. Sudoroso. Estaba teniendo otra de sus recurrentes pesadillas a las que por desgracia, se había acostumbrado. Una vez más, esperó pacientemente sentada junto a Tom, que profundamente dormido, no se había dado cuenta de la presencia de su novia. Media hora más

tarde, abrió los ojos... solo un poco...

-Tom... –susurró Amy preocupada, acariciando la espalda desnuda de Tom.

-Vete, Amy... no quiero que me veas así. –respondió Tom, tapándose la cara.

-No, no me voy a ir. Dime qué es lo que te pasa.

Tom salió lentamente de la cama. Únicamente llevaba puesto un pantalón de pijama largo azul marino. Su torso desnudo no era el que Amy recordaba. Hacía tan solo tres días, Tom podía presumir de ser un joven fuerte y musculado. Ahora se le veía frágil y

demasiado delgado. Se le marcaban las costillas, así como cada hueso de su desmejorado rostro. Sus ojos verdes mostraban signos evidentes de fiebre, brillaban en exceso y su cabello castaño estaba grasiento y sucio.

-Tom, por favor. ¿Qué pasa? – insistió Amy colocándose frente a Tom.

-No puedo, no puedo... –Tom dio vueltas por la habitación apresuradamente. Amy empezó a preocuparse. Nunca, a pesar de todo, lo había visto tan angustiado.

-Tom. –Amy se acercó a Tom. Le acarició la huesuda mejilla y le dio un beso. –Date una ducha, por favor...

-Amy... Algo raro está pasando.

-¿Y cuando no, Tom? –dijo Amy dando muestras de inquietud con una sonrisita nerviosa.

-Tienes que alejarte de mí. –le avisó Tom tristemente.

-Nunca.

-Sí, Amy. Si no, tú también estarás en peligro.

-No va a pasar nada. Son pesadillas, son...

-¡Es la puta realidad! –gritó Tom.

-Tom, no... no confundas esas visiones con la realidad. No tienen nada que ver.

-Me han atrapado, Amy. Y me van a matar. Me persiguen, me han descubierto. Tienes que alejarte de mí.

Vete, por favor.

-No...

-¡VETE! –gritó Tom, enfurecido.

Amy salió del apartamento de Tom llorando. Ella no tenía ningún don. Su mente no jugaba con ella mostrándole escabrosas imágenes, ni nada por el estilo. Pero tenía un presentimiento. Esa, sería la última vez que vería a Tom. Y no podía hacer nada para evitarlo.



“Los sueños son sumamente importantes. Nada se hace

sin que antes se imagine”
(*George Lucas*)

HORAS MÁS TARDE

El cuerpo semidesnudo de Tom Levy, apareció muerto a orillas del río Westbourne. Fue un agente de policía quien lo encontró a las cuatro y cuarto de la madrugada y dio el aviso. Mientras se llevaron el cuerpo al laboratorio forense para practicarle una autopsia, hicieron una rápida investigación sobre el joven, que no llevaba ningún tipo de identificación con él. Al cabo de unas horas, supieron que se trataba de Tom Levy. Veinticinco años, procedente de

Londres. Localizaron a sus padres. Y a Amy. Rotos de dolor y sin poder creer que el fallecido fuera Tom, llegaron al laboratorio. Al ver el cuerpo, Clara, la madre de Tom, se desmayó. Roger, su padre, lloró desconsoladamente sin poder creer que ese cuerpo, tumbado en una fría camilla de metal en avanzado estado de descomposición, fuera su hijo. Y mientras tanto, Amy esperó... como si de un momento a otro, Tom... su Tom, volviera a despertar de una de sus visiones. Pero no. No despertaría nunca más. Su cuerpo estaba morado, destrozado y el patólogo forense les informó seriamente de algo que Amy, no pudo asimilar.

-Hemos calculado que falleció hace tres días. –informó. –Y aunque se trata de una muerte violenta, no podemos decirles exactamente qué es lo que pasó.

-¿Cómo no lo pueden saber? –preguntó Roger enfurecido por las dudas del patólogo.

-El cuerpo se encuentra en un estado de deterioro muy avanzado. La mayoría de sus huesos están rotos y un fuerte golpe en la cabeza fue el que probablemente le provocara una muerte inmediata. Pero no podemos arriesgarnos a decir que ha sido provocada. Cabe la posibilidad de que Tom se haya suicidado. –siguió informando el patólogo forense.

-¿Con huesos rotos y un golpe en

la cabeza? ¿Está bromeando? –insistió Roger sujetando a Clara.

-Es posible que se lanzara desde algún puente o se diera algún fuerte golpe en la cabeza antes de fallecer. Lo siento mucho.

-Perdone pero... ¿Ha dicho que lleva tres días muerto? –preguntó Amy, casi en un susurro. El patólogo forense asintió. –No... no puede ser. Lo vi hace unas horas. No... no hace ni veinticuatro horas. –siguió diciendo con voz temblorosa.

-Imposible, señorita. Como le digo, su cuerpo revela que falleció hace tres días.

¿Cómo llevarle la contraria y

que pensarán que estaba loca? Amy no dijo nada más. Dos días más tarde, se celebró el funeral sin que las causas de la muerte de Tom fueran claras. Amy vio como el amor de su vida, su gran amigo desde la más tierna infancia, desaparecía del mundo. El simple echo de no imaginarlo junto a ella la enloquecía. Empezó a encerrarse en si misma. Empezó a ser una persona triste y solitaria. Dejó de importarle el resto del mundo, porque el “extraño” niño de preciosos ojos verdes y visiones escalofriantes, ya no estaba junto a ella.



CAPÍTULO 2

LONDRES, AÑO 2015
(Otoño)

Como cada mañana, la señora Clark, de setenta y dos años, salía del apartamento primero A, para acercarse a la pastelería de la esquina a comprarle un delicioso briosh a su amado esposo. Desde hacía treinta años, se había convertido en una tradición y ambos desayunaban a las nueve de la mañana puntualmente, con un periódico en sus manos y un estimulante café con leche. Stuart Thomas, de treinta y tantos años,

vivía en el apartamento de enfrente al de la señora Clark y su esposo y era un escritor frustrado. Trabajaba de nueve a dos en un supermercado como reponedor y pasaba las noches en vela escribiendo... tal vez por eso, siempre se dejaba ver ojeroso y cansado. En el segundo A, vivía una pareja feliz de treinta y pocos años, que estaban esperando la llegada de gemelas que inundarían de alegría, llantos nocturnos y grititos encantadores el viejo edificio. El segundo B estaba desocupado. La adorable anciana Pamela Harrison, murió mientras dormía en ese apartamento en el que había vivido sesenta y tres años de su vida. Ya habían pasado tres meses desde su

fallecimiento. Sus cinco hijos habían puesto el apartamento en venta, pero aún no había habido suerte. En el tercero A, vivía Laura Thompson, una madre soltera de cuarenta y tantos años, de un adolescente llamado Charles; al que le gustaba poner la música a todo volumen. Laura no parecía la misma que aparecía sonriente en las fotografías que tenía colocadas en una estantería del salón. En sus mejores tiempos, fue una popular modelo publicitaria que ahora se ganaba la vida como peluquera de un pequeño salón de belleza en Chelsea. Y en el tercero B, ajena a las vidas de sus vecinos, vivía una solitaria Amy Campbell de treinta y siete años y una belleza que no pasaba desapercibida

para nadie. Hacía tiempo que había decidido cortar su melena rubia por comodidad. Aunque inconscientemente, lo hizo pensando que el pelo corto en una mujer, llamaba menos la atención de los hombres. Sus ojos azules no eran tan vivarachos como antaño y algunas arrugas habían invadido su rostro de facciones angelicales, que años atrás lucía terso y aterciopelado. Amy trabajaba en un pequeño periódico local cercano a su apartamento, situado en el bohemio barrio del centro de Londres, Chelsea. Así, evitaba coger transporte público y ver a más gente de la necesaria. Se levantaba a las siete de la mañana y lo primero que hacía, era tomar un café y fumar un cigarro en la

cocina. Después de una ducha rápida y vestirse con lo primero que encontraba en el armario, bajaba las escaleras del edificio rápidamente, para evitar encontrarse con cualquier vecino. Al llegar al periódico local, saludaba con un simple y seco “*Hola*” a Mel, la recepcionista. Amy pensaba que en un mundo en el que Tom aún estuviera vivo, Mel seguramente, hubiera sido su amiga.

Seguidamente, Amy se encerraba en su cubículo. Ese día estaba más desordenado que de costumbre. Tenía varios artículos pendientes y necesitaba terminarlos cuanto antes, así que sin más preámbulos, encendió el ordenador y se puso a trabajar. Escribir era un trabajo

solitario y eso le gustaba. Solamente tenía contacto con sus compañeros en reuniones y poco más. Aunque llevaba cinco años trabajando para el periódico, no había acudido nunca a una cena de empresa. Siempre rechazaba la invitación de cada viernes; el día en el que la mayoría de sus compañeros se iban de copas y al karaoke. Había un buen ambiente de trabajo, debido a la amabilidad de su director, Steve Bentley. Lo ponía todo muy fácil y todas las redactoras solteras, suspiraban por él debido a su evidente atractivo físico. Sin embargo él, siempre había sentido curiosidad por Amy; sobre todo desde que se separó hacía dos años de su mujer. Siempre tan discreta, tímida y

reservada. Le chocaba bastante que una mujer como ella no tuviera relación con nadie. Siempre se mostraba fría y distante, parecía no tener ningún tipo de interés por las relaciones sociales. ¿Qué era lo que le había sucedido? Sentía curiosidad. Pero no importaba... se trataba de una redactora más. Quizá la más eficiente del equipo. Sus artículos siempre eran extraordinarios y los más bien recibidos por los lectores del periódico.

Ese día, media hora antes de que Amy terminara su jornada, Steve la llamó para que fuera un momento a su despacho.

-Hola Amy. ¿Cómo ha ido el día? –le preguntó sonriente.

-He acabado los artículos. –respondió Amy secamente, como ya era habitual.

-Perfecto. Sí, los acabo de recibir. –dijo Steve, mirando la pantalla de su ordenador. –Serán perfectos como siempre. Quiero que te encargues del próximo artículo. Es un tema algo escabroso. Ha aparecido el cuerpo de una mujer flotando por las aguas del río Westbourne. ¿Podrías investigar un poco sobre el caso?

Amy empalideció. Le faltaba el aire. Los recuerdos volvieron a su mente, como puñales dolorosos que se

clavan lentamente en el corazón.

-Si no te importa, Steve... –logró decir Amy segundos después. – Preferiría que le encargaras este tema a otro redactor. Gracias y hasta mañana.

Era la primera vez que Amy rechazaba un artículo. A Steve le preocupó y tuvo ganas de preguntarle el motivo, pero asintió sin decir nada más. Supuso que quizá Amy, al igual que todo el mundo, tenía sus propios demonios y ese tema, podría estar relacionado con algo que le había sucedido en el pasado. Fue por eso que Steve, de naturaleza curiosa, buscó otros accidentes similares en el río Westbourne y creyó

encontrar una respuesta que databa del año 2003.

Amy regresó a su cubículo, ordenó un poco el caos y minutos después, volvió a su apartamento reprimiendo las lágrimas que querían brotar de un momento a otro. Un nudo en la garganta la asfixiaba, a duras penas logró subir con rapidez las escaleras para poder encerrarse entre las cuatro paredes de su apartamento, sin tener la obligación de hablar con nadie más que no fuera con ella misma y con Tom... en sus sueños. Siempre en sus sueños.

Encendió un cigarrillo y preparó una tila. Necesitaba calmar los nervios

que Steve le había ocasionado con el encargo de un artículo que ella había rechazado. Imaginaba el cuerpo de Tom flotando por el río Westbourne y sentía náuseas. Recordaba sus últimas palabras con claridad... lo angustiado que estaba. Lo protector que se mostró con ella. El peligro que lo acechaba... Amy nunca supo qué era lo que había podido pasar y eso la consumía en vida. ¿Cómo era posible que llevara tres días muerto si ella lo había visto hacía unas horas? Todo fue confuso. Pero los veinticinco años de vida de Tom también fueron confusos. Y extraños. Efectivamente, él nunca fue una persona normal, pero Amy nunca imaginó que tuviera un final tan macabro, trágico e inexplicable.

Amy también lloró la muerte de los padres de Tom en un accidente de tráfico. Sucedió a las afueras de Londres en el año 2010. Se estrellaron contra un camión y murieron en el acto. Había tenido relación con ellos desde la muerte de Tom, como si Roger y Clara la necesitaran al haber perdido a su hijo. La muerte del matrimonio afectó profundamente a Amy, casi tanto como la de su madre un año después. No le quedaba nadie en el mundo, estaba completamente sola. Su padre las abandonó cuando Amy tenía cinco años y no volvieron a saber de él. Fue Hillary la que cuidó a Amy y ejerció lo mejor que pudo, el rol de padre y madre a la

vez. Finalmente, un fulminante ataque al corazón acabó con su vida demasiado pronto y aunque fue un golpe terrible para Amy, lo cierto es que a penas tenían relación. Amy se había encerrado tanto en si misma, que ni siquiera quería relacionarse demasiado con su propia madre. Al morir Hillary, Amy se arrepintió, por supuesto... seguía teniendo corazón. Pero si algo había aprendido de la vida, era a aceptar la desaparición de los seres queridos... *ley de vida*, se decía a si misma. *Algún día, también me tocará irme a mí...* pensaba. No quería volver a sufrir. No quería volver a llorar por nadie. No quería querer... así resultaría todo más fácil.

Miró por la ventana. El aloe vera que había plantado la semana pasada se había marchitado. Suspiró. A Amy le hubiera gustado ser madre, pero si no podía mantener viva una planta... ¿qué iba a hacer con un bebé?

Dio una calada a su cigarro. Bebió un sorbo de tila. Y se fijó en que alguien, desde la calle, miraba hacia su ventanilla. La observaba. La miraba fijamente. Era un hombre bajito y grueso, pero no pudo distinguir su rostro al estar cubierto por un sombrero de color negro. Amy lo miró atentamente, por si se estaba imaginando cosas extrañas. Pero el hombre seguía mirándola. No había duda, su cabeza estaba inclinada hacia donde se

encontraba Amy, que rápidamente se ocultó en el interior del apartamento y corrió la cortina. Se asustó. De nuevo, tuvo un mal presentimiento, como el último día en el que vio a Tom. Supo que no lo iba a volver a ver y así fue... Había aprendido a hacer caso de su intuición. ¿Quién era ese hombre que la estaba mirando desde la calle? Bah... seguramente se trataba de una paranoia...

Encendió la televisión. No daban nada interesante, así que la apagó y se tumbó en el sofá; escuchando la música que su vecino adolescente tenía puesta a todo volumen. Al menos tenía buen gusto. Sonaba *Coldplay*, la canción *Fix You*... Amy cantó bajito...

*“Cuando las lágrimas caen por tu rostro,
cuando pierdes algo que no puedes reemplazar,
cuando amas a alguien pero se desperdicia,
¿Podría ser peor?”*

-Amy... Amy... ¿Estás aquí? –
preguntó Tom acercándose lentamente
hacia Amy, que estaba de pie en el
inicio de un túnel oscuro.

-Estoy aquí, Tom. Como
siempre. Esperándote...

-No sabes cuanto me alegro de
verte... –susurró Tom frente a ella,
mirándola fijamente.

-¿Cómo estás?

-Aquí no se está tan mal...

-Sigues... ¿Sigues con tus
visiones?

-Aquí no hay nada de eso, Amy.
Aquí solo hay luz. Paz...

-Yo no veo luz. Todo está muy oscuro... –suspiró Amy, mirando a su alrededor.

El rostro de Tom cambió. Se transformó en el mismo que vio por última vez. Dejó de sonreír. Se volvió ojeroso, sudoroso y frío como el hielo.

-Amy, escúchame con atención.
Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la salida. Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la salida. Antes de entrar...

Tom entró en bucle. Siguió

repitiendo la misma frase, al mismo tiempo que se alejaba de Amy a través del túnel; sin dejar de mirarla. Levitando y desapareciendo repentinamente. Amy se despertó de sopetón, como siempre asustada después de una pesadilla. Le gustaba volver a ver a Tom en sueños pero a la vez sentía miedo. Mucho miedo. Siempre conseguía perturbarla. Miró el reloj. Había dormido tres horas seguidas. Preparó una ensalada para cenar y vio una serie policiaca en televisión. Dos horas más tarde, se fue a dormir; no sin antes encender y apagar el interruptor de la luz nueve veces y lavarse la cara otras tantas.

-Dios mío... –dijo Amy para si misma, llevándose las manos a la cabeza. –Necesito ayuda urgente... – siempre decía lo mismo antes de ir a dormir. Pero nunca buscaba esa ayuda para salir de la soledad a la que se había acostumbrado a lo largo de los últimos doce años de su triste vida.



CAPÍTULO 3

La visita inesperada de Steve, a las ocho de la mañana en el apartamento de Amy, rompió una rutina planificada desde hacía años. No supo como reaccionar y el tic nervioso que tenía en el labio inferior cuando algo no salía según lo previsto, volvió a aparecer después de meses de ausencia.

-Espero no molestar, Amy. Pero ayer me dejaste muy preocupado. — dijo Steve, sin ser invitado a entrar en el interior del apartamento. Al ver que Amy no habló, decidió continuar e ir al

grano. –Busqué cuerpos encontrados en el río Westbourne y me llamó poderosamente la atención el nombre de Tom Levy. Lo encontraron en el año 2003 y tu nombre aparecía en el artículo. Eras su novia. No sabes cuanto lo siento, Amy... siempre he sabido que detrás de tu comportamiento frío y distante se esconde una triste historia. Y esta desde luego, es una historia que no podría haber imaginado nunca.

-Steve... –empezó a decir Amy en un susurro. –No quiero hablar del tema. No quiero que te compadezcas de mí, ni que trates de entender mi comportamiento.

-Ven a cenar conmigo. Esta noche. –propuso Steve de repente. Amy

negó con la cabeza. –Una vez. Solo una vez. ¿Cuánto hace que no sales a cenar a un restaurante? –Amy se encogió de hombros. Trece años. Hacía trece años que no salía a cenar fuera de casa. –Venga. Eres joven, guapa... tienes toda una vida por delante y han pasado doce años.

-Te pido por favor, que no te metas en ese asunto.

-Entiendo... Bueno, pero mi invitación sigue en pie. Estaré en mi despacho, por si me necesitas.

Amy vio desde el umbral de la puerta como Steve se alejó. Bajó las escaleras y desapareció. Aliviada, siguió con su rutina como si Steve no la

hubiera interrumpido. Ya había tomado café y fumado un cigarrillo, así que se duchó, se vistió y salió corriendo un día más, hacia la oficina del periódico local. Al sentarse en su cubículo, vio una nota con una bonita letra que decía...

*“Recuerda mi invitación. Me
encantaría
ir a cenar contigo. Y que disfrutes
de la vida
aunque sea solo una noche”.*

Amy miró hacia el despacho acristalado de Steve. La estaba mirando. Sonriendo, curioso... con las cejas arqueadas, queriendo adivinar los pensamientos de su

redactora predilecta. Amy bajó la mirada y encendió el ordenador. Volvió a mirar a Steve y sin que ella tampoco lo esperara, su cabeza dijo sí. Esa noche, saldría a cenar fuera de casa. Con su jefe. Con el guaperas del periódico, tal y como el resto de redactoras lo llamaban. Y aunque no mostraba signos de felicidad con una sonrisa, por dentro estaba entusiasmada; pensando por primera vez en mucho tiempo, qué vestido seleccionaría de su más bien escaso armario.



Caballeroso y puntual, Steve pasó a recoger a Amy a las siete de la tarde. La llevaría a su restaurante preferido, el encantador *The Five Fields*, situado en *Blacklands Terrace*, no muy lejos de donde vivía Amy. No la quería alejar demasiado de casa por si sufría un ataque de ansiedad o algo por el estilo. Steve desconocía aún, que traumas le habían quedado tras el fatal suceso que había descubierto.

-Estás muy guapa. –
reconoció Steve, mirando fijamente a Amy. Esa noche, había decidido llevar su cabello corto de color rubio

engominado hacia atrás. Acertado, pues resaltaba la esbeltez de su cuello. Llevaba puesto un precioso vestido negro ajustado, discreto y elegante, dejando entrever unas largas y bonitas piernas y una escultural figura que siempre disimulaba con tejanos y camisetas anchas, cuando se encerraba en el cubículo del periódico local. –Muy diferente. –sonrió.

-¿Dónde vamos? –preguntó Amy, haciendo caso omiso a los cumplidos de Steve.

-A mi restaurante preferido. El *The Five Fields*. ¿Lo conoces? –Amy negó. –Está aquí cerca y la comida es excelente. Comida británica auténtica. Te gustará, seguro.

-Estoy acostumbrada a cenar ligero. –advirtió Amy. –Lo siento... –bajó la mirada. –No sé como comportarme, debo parecerme una idiota.

-Claro que no. Vamos, Amy.

Steve le ofreció su brazo y Amy, dubitativa, lo aceptó. Bajaron las escaleras y en ocho minutos, ya estaban sentados en la mesa que Steve había reservado en el pequeño y encantador restaurante.

-¿Vino? –preguntó el camarero.

-¿Qué prefieres Amy?
¿Tinto o rosado? –preguntó Steve.

-Agua. –respondió Amy cortante. Steve se encogió de hombros, le sonrió al camarero y asintió.

-Agua pues. –repitió Steve complaciente.

-No me gusta el alcohol. –le dijo Amy, cuando el camarero se fue.

-Mejor. A mí no me gustan las mujeres que beben. –Steve le guiñó un ojo, tratando que Amy se sintiera cómoda con él en todo momento. –Te preguntarás... ¿Por qué te he invitado a cenar? Como sabrás, hace dos años me separé de mi mujer.

-Ni siquiera sabía que estabas casado. –reconoció Amy sonriendo.

-Bueno, al fin has sonreído.

Bien. ¿No lo sabías?

-No sé nada de nadie y tampoco me importa. –el tono de Amy sonaba tajante y resultaba incómodo e intimidante, pero a Steve pareció no importarle.

-A veces es lo mejor. Pero... sabes que hay personas en este mundo que merece la pena conocer, ¿verdad? Por ejemplo Mel, la recepcionista. Siempre me ha comentado que cree que eres un ser extraordinario. Que ojalá le hablaras. Piensa que podríais ser muy buenas amigas. Sé que tus compañeros te invitan cada viernes a tomar una copa y al karaoke. Insisten aunque siempre les digas que no. Y esa insistencia demuestra que le importas al

mundo Amy y que no puedes encerrarte en un caparazón.

Amy reflexionó un instante. Steve pensó que a lo mejor se había pasado de listo.

-Preferiría no hablar del tema, como te dije.

-¿De qué quieres hablar?

-¿Quién era la mujer que apareció en el río? —se interesó Amy.

-Una ama de casa que se suicidó. Se cortó las venas y se sumergió en las profundidades del río Westbourne.

-Vaya... —susurró Amy. -
¿Tenía hijos? ¿Marido?

-Marido. Y un hijo de dos meses. Depresión post-parto por lo visto.

-Muy triste. -dijo Amy, negando con la cabeza. -¿Tú tienes hijos?

-Sí, dos. Pam de cinco años y Leo de siete. Mi ex mujer es una ferviente admiradora de Leonardo Dicaprio. -Amy rió. Por primera vez en mucho tiempo. Steve se alegró. -Te recomiendo la trucha, es riquísima. O la anguila ahumada. De echo, es lo que voy a pedir yo. -dijo cambiando repentinamente de tema, mientras desviaba la mirada por un momento, a la carta del restaurante.

-Anguila ahumada... No la

he probado nunca.

-Siempre tiene que haber una primera vez.

Amy se sintió a gusto. Pero también culpable por sentirse así. Steve no paraba de hablar y ella le escuchaba con atención. Era sencillo. Miradas. Sonrisas. Gestos. Y de vez en cuando, agradecer los halagos de su partenaire.

-Tenías razón. La anguila está buenísima. –reconoció Amy, limpiándose los labios con la servilleta.

-Nunca miento. –Steve volvió a guiñar un ojo.

A Amy le parecía encantador. Y

las redactoras del periódico no estaban equivocadas. Muy, muy atractivo... alto y fuerte, se notaba que se cuidaba y que iba al gimnasio a diario. Siempre iba impecablemente vestido y bien afeitado. Nunca dejaba que su cabello, de un color castaño oscuro, creciera demasiado y sus ojos rasgados grisáceos, estaban repletos de luz e historias. Llenos de vida. Y además su sonrisa era muy bonita y franca. A Amy siempre le habían gustado las sonrisas sinceras y amigables y sin embargo... le costaba mucho regalarse una a ella misma, cuando se miraba en el espejo. En ese momento, no pudo evitar preguntarse como sería Tom si estuviera vivo... en que clase de hombre se

hubiera convertido. Quiso imaginárselo parecido a Steve.

-Quieres... No sé, ¿dar un paseo? Me encanta pasear alrededor del río Támesis por la noche.

-No es buena idea. Como imaginarás, no soy una ferviente admiradora de los ríos... –respondió Amy.

-Claro... –se lamentó Steve.

-Prefiero volver a casa. –se sinceró Amy, con el rostro sombrío.

Steve acompañó a Amy hasta el portal de su casa a las nueve de la noche. No era la cita que Steve había esperado y Amy seguía siendo un

misterio para él. Un misterio por el que no tenía ganas de luchar... no la veía preparada para volver al mundo real. Y aunque le daba pena, no se veía con las fuerzas necesarias para hacerla cambiar.

-Muchas gracias por todo, Steve. Nos vemos mañana en el periódico. —se despidió Amy.

-Claro. Ha sido un placer. Hasta mañana.

Steve se fue y Amy entró en el antiguo edificio, subiendo las escaleras con rapidez para encerrarse de nuevo entre las cuatro paredes de su pequeño apartamento. Al cerrar la puerta, sintió alivio. Miró hacia el techo y suspiró.

Había sido una cena agradable, pero al fin en casa... al fin segura. Al fin sola. Con sus propios pensamientos, sin tener que escuchar nada más que el silencio. ¡Bendito silencio! Encendió un cigarrillo y como de costumbre, miró por la ventana. Aún había gente paseando por la Avenida Draicott y en la oscuridad de la noche, en el mismo lugar... volvió a ver al hombre bajito y grueso con un gorro oscuro para ocultar su rostro. Amy dio un salto del susto al descubrirlo. No, no era una paranoia... ese hombre la estaba observando. Y lo que es peor... vigilando. De noche y de día. Amy fumó tres cigarrillos antes de ir a dormir. Obsesionada y nerviosa, por ese hombre que en la oscuridad miraba

hacia su ventana. Se lavó la cara diez veces. Encendió y apagó el interruptor de la luz nueve veces... nueve. Tenían que ser nueve, ni una más ni una menos. Y tras diez interminables minutos de insomnio, al fin consiguió conciliar el sueño.

-Te observan, Amy... te vigilan...

-Amy escucha a Tom. Pero no puede verlo. Esta vez el escenario onírico no es un túnel, si no un descampado. Todo es gris y los colores del cielo se oscurecen a medida que pasa un tiempo irreal.

-¿Quién? -pregunta Amy

confusa, mirando a su alrededor.

-Te observan. Te observan. Te

observan.

Tom vuelve a entrar en bucle. Amy enloquece y finalmente, despierta de la pesadilla que la hace sudar. La agota. No descansa bien por las noches y eso se refleja en su rostro y en su humor. El reloj marca las siete de la mañana y es el momento de preparar café y fumar el primer cigarrillo del día. Esta vez, sin mirar por la ventana del apartamento.

Ese día algo cambió. No fue ninguna visita inesperada ni nada por el estilo. Amy, bajó rápidamente las escaleras del edificio y al salir por la puerta, vio que el hombre bajito y

grueso seguía en la otra acera como la noche anterior. Como si no se hubiera movido de allí durante horas. Amy lo miró unos segundos y disimulando, empezó a caminar rápido en dirección al periódico. Al mirar hacia atrás, vio que el hombre la seguía. Despacio, haciendo ver tras unas grandes gafas de sol, que leía un periódico mientras sostenía un puro. Amy aceleró el paso, quedándose casi sin aliento y finalmente, llegó a su destino. Entró rápidamente, sabiendo que el hombre que la había seguido se había detenido en una esquina. Esperándola... acechándola. Amy volvió a sentir tanto miedo, como el día en el que Tom la amenazó diciéndole que si permanecía con él, estaría en peligro.

-¿Estás bien? -preguntó Mel, viendo como Amy entraba por la puerta sudorosa y casi sin aliento. Temblando. Asintió y sin decir nada, se metió en el cubículo del que decidió no salir durante todo el día.



Steve había observado a Amy durante todo el día. No se había ausentado de su cubículo ni siquiera para comer. No había ido al baño en todo el día. Parecía absorta en sus

propios pensamientos y en sus artículos, no tan numerosos como para estar ocho horas seguidas sin moverse de la silla.

A las cinco y media todos se habían ido. Todos menos Steve y Amy, que seguía concentrada sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

-Amy, ¿estás bien? – preguntó Steve, posando su mano sobre el hombro de la redactora.

-Me has asustado. –dijo Amy, levantándose apresuradamente de la silla. –Me... me... me tengo que ir.

Rápidamente, apagó el ordenador y se fue corriendo ante la atenta y sorprendida mirada de Steve.

Antes de salir del edificio, se cercioró de que el hombre bajito y grueso, no siguiera observándola y vigilándola desde cualquier esquina de la calle. Corrió tan rápido como pudo y al entrar en su apartamento, respiró tranquila. Miró por la ventana. Afortunadamente, el hombre había desaparecido. No había ni rastro de él.



CAPÍTULO 4

Los días transcurrieron con normalidad. Demasiada normalidad para Amy, que no había vuelto a ver a Tom en sueños. A lo largo de esos doce años, siempre la había venido a visitar... A veces eran visitas románticas, bonitas... en las que Tom aparecía sonriente y feliz y le decía a Amy cuanto la quería. Pero lo habitual era diferente. Amy veía en sueños a un Tom demacrado, roto de dolor y loco. Muy loco. Repitiendo aterradoras frases que la atormentaban no solo en sueños. También al despertar. Así que en cierto modo, a Amy le beneficiaba no soñar con él. Al fin,

había podido descansar bien por las noches. Aún así, seguía angustiada sin saber porque, aunque el hombre que la vigilaba desde la calle no había vuelto a dar señales de vida.

Era miércoles. Como siempre, Amy se levantó de la cama a las siete de la mañana y preparó café. Encendió un cigarrillo y miró por la ventana. El día amanecía triste y gris. El teléfono sonó. Al principio, Amy, que solo recibía llamadas de compañías telefónicas o vendedores, no reconoció el sonido y miró extrañada a su alrededor.

-¿Dígame? –preguntó

cogiendo el teléfono con temor.

-¿Señorita Campbell?

-Sí.

-Mi nombre es Anthony Tanner y soy el abogado del señor Tom Levy.

-¿Cómo?

-El abogado del señor... – repitió la voz masculina al otro lado de la línea telefónica.

-Sí, le he escuchado. – respondió Amy cortante. -¿Qué quiere?

Amy estaba confusa. Tom nunca le mencionó que tuviera un abogado. ¿A qué venía esa llamada doce años después de su muerte?

-Me gustaría tratar el asunto

en mi despacho. ¿Podría venir esta tarde?

-¿Dónde es? –preguntó Amy dubitativa.

-En la calle Cockspur número veinticinco, primer piso. Al lado de la plaza Trafalgar. ¿La espero a las cuatro?

-Vale... sí.

La curiosidad pudo más que el carácter maniático de Amy y el odio que sentía hacia el transporte público. Antes de salir de casa en dirección al periódico, metió dos frascos de líquido desinfectante para las manos en su bolso y al llegar, le dijo a Steve que ese día saldría antes.

Lo primero que hizo Amy al salir del metro, fue desinfectarse las manos que seguramente estarían llenas de microbios, por haber tocado la barandilla del transporte público. Eran las cuatro menos diez. Llegó al número veinticinco de la calle Cockspur nerviosa y a la vez intrigada por lo que tendría que decirle el abogado de Tom. El abogado de Tom... una risita nerviosa se apoderaba de ella al pensar que Tom, tan joven... tenía un abogado. Tenía ganas de obtener respuestas a sus innumerables preguntas, así que sin más preámbulos, subió las escaleras del antiguo y recargado edificio de finales del siglo XIX y tocó al timbre del

primer piso. Amy miró a su alrededor y sintió haber viajado en el tiempo. Le abrió una señora de unos cincuenta años alta y delgada. Parecía sacada de cualquier película de los años setenta, debido a su anticuado vestuario. Un traje chaqueta con una falda por debajo de las rodillas de un sobrio color gris oscuro. Arqueó las cejas y colocó bien sus gafas de montura redonda sobre su nariz aguileña. Escudriñó a Amy con sus pequeños y arrugados ojos azules y la hizo entrar en el ostentoso vestíbulo del bufete, repleto de preciadas obras de arte. Pinturas rupestres de otras épocas que adornaban el lugar recargándolo en exceso.

-Señorita Campbell, la estábamos esperando. Aguarde aquí un momento, por favor. –le dijo amablemente la secretaria del señor Tanner, señalando un sillón de cuero marrón desgastado.

Pocos minutos después, Anthony Tanner la recibía en su despacho. El que decía ser el abogado de Tom, era el mismo hombre que la había estado observando desde la distancia. Vigilándola noche y día. Amy se puso furiosa en un primer momento.

-¿Por qué me perseguía?
¿Se puede saber porque observaba mi ventana desde la calle? –preguntó Amy

confusa, nada más entrar en el despacho del abogado.

-Le pido perdón si la he importunado o asustado. No era mi intención. Quería asegurarme que usted era la verdadera Amy Campbell de la que Tom me habló. —explicó el hombre, a quien Amy al fin pudo poner rostro. Un amplio bigote canoso adornaba su cara regordeta. Sus pequeños ojos oscuros resultaban intimidantes y misteriosos y desprendía un penetrante olor a puro.

El abogado esperó pacientemente la respuesta de Amy, pero al ver que no tenía intención de abrir la boca, decidió coger unos papeles del cajón de su mesa de madera de roble

oscura y proseguir la conversación.

—Antes de morir, el señor Levy, que como bien sabrá, tenía un futuro brillante y prometedor como arquitecto, adquirió un terreno aislado en un acantilado a quince kilómetros de la isla de Dingle, Irlanda. Un lugar precioso al que llaman Fuerte Dunbeg. Está bastante lejos de la zona a la que acuden turistas a visitar los resquicios que quedan de la Edad de Hierro en el lugar, por eso no se preocupe porque podrá vivir tranquila. Muy tranquila... Después de la muerte de sus padres, la herencia se empleó para terminar la construcción de la casa que Tom diseñó para usted. Le informo pues, que es la propietaria de

esta casa a la que han llamado *Butterfly*.

-No lo entiendo. –dijo Amy al fin. -¿Por qué yo no sabía nada? Tom no tenía secretos para mí.

-Imagino que quiso darle una sorpresa aunque él no estuviera presente para ver la cara que ponía. Siento su fallecimiento, de verdad. Pero tiene una propiedad magnífica. La decisión es suya, por supuesto. Puede ponerla a la venta, alquilarla o...

-No, por supuesto que no. – interrumpió Amy. -Jamás haría eso... si la hizo Tom, yo... –Amy luchó para reprimir las lágrimas, pero no venció contra ellas. Siempre caprichosas, aparecen en el momento más inoportuno. El señor Tanner, incómodo por las

lágrimas de Amy, volvió a abrir el cajón del que esta vez, sacó unas llaves.

-Tenga, son suyas. Antes, debemos firmar estos papeles.

Al salir del despacho del abogado, Amy tuvo la sensación de que iba a desfallecer de un momento a otro. Miró con detenimiento las llaves de una casa que Tom había planificado antes de su muerte. Una casa para ella... llamada *Butterfly*. Recordó los sueños de Tom. Esas mariposas... su poderoso aleteo y lo mucho que le disgustaban. ¿Por qué mariposa? ¿Por qué?



Al llegar al apartamento, Amy buscó información sobre la isla irlandesa de Dingle. Encaramada al filo del Atlántico en el sudoeste de Irlanda y perteneciente al condado de Kerry, decían de ella que era posiblemente, la región costera más bella del país. Un bonito pueblo de pescadores, de calles empinadas y con el río Shannon al norte y el Anillo de Kerry al sur. Amy se enamoró de sus playas y sus acantilados, dando un paseo por *Google Maps*. La belleza del pueblo la cautivó y deseó verse allí, aunque fuera en medio de

tanta gente... turistas sobre todo, que abarrotaban el centro del pequeño pueblo durante los fines de semana. Amy quiso saber donde se encontraba la casa *Butterfly* que Tom había diseñado para ella y descubrió que estaba alejada del mundanal ruido. Tal y como le había dicho el señor Tanner, estaba a quince kilómetros de distancia del pueblo. Amy miró la fotografía que el abogado le había entregado y el mapa que internet le mostraba. En el mapa, aún no podía verse la espectacular casa en el acantilado con vistas al mar que Tom diseño y encargó construir antes de su muerte. Pero ella podía imaginársela con total claridad... La veía ahí, para ella... esperándola. Solitaria y amarga

como se encontraba su alma desde que Tom se había ido repentinamente. Una extraña felicidad la inundaba, deseosa por conocer el lugar que Tom le había regalado. Pero por otro lado, tenía miedo. La inseguridad se apoderaba de ella porque habían cosas que no cuadraban. Que ella supiera, Tom nunca salió de Londres. ¿Qué significaba Irlanda para él? ¿Y la isla de Dingle? ¿Conocía el lugar? Nunca le mencionó nada y siempre estuvieron juntos... ¿Cuándo pudo ir hasta allí a comprar el terreno? ¿Cuándo diseñó los planos? Hubiera sido un gran arquitecto, desde luego... pensó Amy, sin poder apartar la vista de la fotografía de *Butterfly*. Tom siempre se había negado a la

construcción de modernas edificaciones. A él aún le gustaba el encanto de las casas de piedra con pequeñas ventanas y un precioso y hogareño porche desde donde poder contemplar las vistas. Sin lugar a dudas, ese diseño solo podía ser de él... solo él hubiera construido una casa así. Con vistas al mar... como siempre soñaron cuando eran pequeños. Amy recordó una conversación que tuvieron cuando tenían unos trece años... Aún les gustaba columpiarse en cualquier parque infantil al atardecer, cuando ya no había nadie.

-Tom... cuando seas mayor, ¿dónde te gustaría vivir? –le preguntó Amy, moviendo con nerviosismo sus

flacas piernas de adolescente, dando impulso al columpio.

-En una casa de piedra con vistas al mar. –sonrió un adolescente Tom, guapo y muy alto, aunque con alguna espinilla que lo acomplexaba.

-¿Por qué? ¿No preferirías vivir en Londres?

-¡Bah! Lo tengo muy visto. Viviremos en una casita que yo mismo construiré para ti en alguna isla.

Amy sonrió. No había recordado nunca esa conversación hasta ese momento. Y de pronto, todo tenía sentido... Tom nunca dejó de sorprenderla y de repente, Amy se sintió la mujer más afortunada del mundo al

haber conocido a un ser tan extraordinario como él... único en el mundo aunque ya no estuviera en él. Fumó un cigarrillo mirando por la ventana sin miedo a que nadie, la estuviera observando. Ya con ese tema resuelto, su cabeza empezó a dar vueltas sobre la posibilidad de dejar el periódico e instalarse definitivamente en esa isla. ¡Era dueña de una casa! Aún no se lo podía creer... Podría escribir. Siempre había deseado huir a un lugar así para escribir una novela. Con el dinero que tenía ahorrado, podría permitírselo al menos durante un año. Y luego ya vería. Estaba convencida de que en cualquier momento de necesidad, Steve le abriría las puertas del

periódico. Su imaginación empezó a volar mientras consumía el cigarrillo. ¿Era posible que Tom viera ese futuro? ¿Qué lo supera todo antes de tiempo? De ser así, lo tenía todo muy bien planeado. Amy se tumbó en el sofá dispuesta a echar una cabezadita que la condujera hasta Tom.

-Háblame, Tom...
háblame... –susurró antes de cerrar los ojos y adentrarse en un profundo sueño del que no despertaría hasta la mañana siguiente.

El escenario onírico en esta ocasión no era un túnel. Tampoco un campo gris y desierto. Amy se encontró

en el precipicio de un acantilado. Las olas del mar golpeaban con fuerza las rocas y una mariposa se posó sobre su hombro. Era de un color rojo intenso. Cuando la mariposa empezó a aletear poderosamente, vinieron más mariposas. De todos los colores. Amy huyó despavorida hacia el interior de lo que parecía una fría y húmeda cueva. Pero las mariposas la siguieron, chillidos incesantes e insoportables se apoderaron del sueño y Tom... Tom no apareció. Sin embargo su voz sí, y volvía a repetir insistentemente...

-Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la salida. Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la

salida. Antes de entrar asegúrate de saber donde está la salida. Antes de...

Amy se despertó en el sofá, sudorosa y casi sin aliento a las seis y media de la mañana.

-No era esto lo que esperaba, Tom...

Nada más llegar al periódico, Amy pidió permiso para entrar en el despacho de Steve que como siempre, la recibió con una agradable y familiar sonrisa.

-Me gustaría comentarte un asunto importante, Steve. Dejo el

periódico. –informó directamente.

-¿Cómo? ¿Por qué? –preguntó Steve, acostumbrado a que su redactora siempre dijera las cosas así, de sopetón. Directa al grano para evitar hablar demasiado. Le preocupaba que fuera por su culpa o por su invitación a cenar la otra noche.

-Es algo largo de explicar, así que seré breve. Abandono Londres y me instalo en una isla de Irlanda llamada Dingle.

-No me suena. Vaya... ¿Y que vas a hacer allí?

-Escribir mi primera novela. –respondió Amy, esta vez sonriendo.

-Y que te parece... ¿si sigues trabajando para el periódico? Imagino

que en Dingle también habrá internet y podemos comunicarnos vía Skype o por correo electrónico si te es más cómodo.

Amy no había pensado en esa posibilidad. Seguiría teniendo un sueldo y no tendría que salir nunca de casa. El sueño de su vida.

-¿Podré trabajar desde allí?
¿Desde casa? –Steve asintió.

-Tu sueldo no variará. Aunque sí tendrías que venir al menos una vez al año o en el caso de que algún artículo requiriera de tu investigación, moverte.
¿Tendrías algún inconveniente?

-Claro, no habría problema.

-Pues me alegra que sigas con

nosotros. Y te deseo una vida feliz en...
¿Dónde has dicho?

-Dingle. En realidad a quince kilómetros de allí... en una casa sobre un acantilado.

-Suenan idílico. —expresó Steve, contento de que Amy quisiera explicarle con más detalle su inminente futuro. -
¿Cuándo te irás?

-Espero tenerlo todo listo en quince días. Es una locura ¿verdad? —rió Amy, nerviosa.

-No lo es, si es lo que te apetece. —respondió Steve complaciente.

Amy asintió pensando en Tom. Si le hubiera contado toda la verdad a Steve, tal vez hubiera pensado que

estaba loca. O que se había quedado anclada en el pasado. Un pasado en el que Tom, había planificado milimétricamente el futuro de Amy. Al menos, así lo pensaba ella.



CAPÍTULO 5

DINGLE, IRLANDA. AÑO 2015

En Londres, la señora Clark esa mañana no fue a buscar el desayuno para su esposo porque se encontraba algo indispuesta. Achaques de la edad, le dijo el señor Clark, que ese día se quedaría sin su delicioso briosh... En el apartamento de enfrente, Stuart escribía el último capítulo de una novela más, en la que ninguna editorial confiaría. Debía darse prisa si no quería llegar tarde al trabajo... En el segundo A, la pareja feliz preparaba la ropita de sus gemelas. Quedaban pocos días para salir de

cuentas y debían darse prisa si no querían que el esperado momento, les pillara sin nada preparado. Los hijos de la difunta Pamela Harrison estaban desesperados. El apartamento del segundo B, seguía sin venderse. Nadie parecía encontrarse a gusto en él y la falta de ascensor, era un gran inconveniente. En el tercero A, Laura Thompson discutía como siempre con su hijo adolescente Charles, por tener la música demasiado alta. Un día más, se preparaba para ir a trabajar a la peluquería mientras contemplaba fotografías de su época dorada... Ninguna de estas personas sabía que el tercero B, estaba vacío. De echo, era como si siempre lo hubiera estado. Amy

Campbell no volvería a bajar a toda prisa las escaleras del antiguo edificio a las ocho de la mañana, ni las subiría a las cinco y media de la tarde. Amy Campbell, la vecina que nadie conoció, se había esfumado.



La isla de Dingle recibió a Amy con nubarrones y amenaza de que pronto, caería una gran tormenta. Maldijo el momento en el que decidió comprar un pequeño coche descapotable cuya capota era imposible de dominar. Aunque tenía muchísimas ganas de

conocer al fin el que sería su hogar, se detuvo en el centro del pueblo a comprar algo de comida. Antes de coger el coche, como resistiéndose a abandonar las tranquilas calles de Dingle, entró en el Café Liteartha, situado en la calle Dykegate. Era imposible perderse en ese pequeño y acogedor pueblo, tan distinto de Londres y que rápidamente, había conquistado a Amy. El ambiente del Café Liteartha, logró cautivarla. Rodeada de libros, tomó un rico café con leche que un hombre mayor le sirvió mirándola de manera extraña. Amy no lo tomó demasiado en cuenta y decidió evitar las miradas curiosas de los allí presentes. No había demasiada gente, seguramente

habitantes de Dingle a los que les provocaba curiosidad ver a alguien nuevo.

-Últimamente la gente está un poco rara por aquí... No lo tengas en cuenta.

Le dijo un hombre de unos treinta y muchos, sentándose en la butaca de al lado de la de Amy. Amy asintió sin la intención de seguir con la conversación y de marcharse de allí, en cuanto hubiera terminado el café. Pero el hombre seguía mirándola. Esperando una respuesta por su parte que por el momento, no obtendría.

-¡Paul! –chilló una voz femenina joven, desde el otro extremo del café. - ¡Deja de piropoear a las chicas guapas!

Amy miró a la joven sonriendo. No tendría más de veinticinco años y se la veía tan jovial como lo fue ella en el pasado. Fue como verse a si misma con doce años menos. El hombre, sonrió y le guiñó un ojo a Amy. Sin duda era muy atractivo. De espalda ancha y brazos fuertes, destacaban unas manos manchadas de pintura de diversos colores. Cabello castaño, una estudiada barba de tres días, sonrisa traviesa y unos ojos color miel que seguían mirando a Amy con curiosidad.

-Mujer de pocas palabras, por lo que veo.

-Un placer Paul. –se despidió Amy con una media sonrisa.

Amy se levantó de la butaca y sin dejar de mirar a Paul, salió por la puerta del café y se dirigió hasta su coche. El cielo estaba cada vez más gris y ya sentada en su descapotable, volvió a intentar por todos los medios que la capota se cerrara para protegerla de la lluvia. Escuchó como alguien desde atrás le daba un golpe al coche y de repente, la capota empezó a funcionar.

-¿Cómo lo has hecho? –preguntó Amy bajando del coche.

-Mi tía tenía un coche igual. –
respondió la joven del café. –Me llamo
Ruby Anderson.

-Amy Campbell. –se presentó
Amy sonriendo.

-¿Turista?

-No. Vivo a quince kilómetros
de aquí, en una casa que ni siquiera
conozco aún...

-¿No será la casa *Butterfly*?

-Esa misma.

-¡Que pasada! –dijo Ruby con
entusiasmo. –Pues nos iremos viendo por
aquí, Amy. Encantada de conocerte.

-Igualmente, Ruby. Y gracias.

No fue difícil encontrar el
camino hasta la casa *Butterfly*. Amy

había estudiado los planos con precisión y sabía que al llegar a la zona turística de Fuerte de Dunbeg, situado sobre un acantilado que mira al sur a los pies del Monte Eagle, repleto de ruinas, rocas y montículos artificiales, debía girar hacia la derecha. A lo lejos, podía ver su nuevo hogar. Aún más solitario y perdido de lo que aparecía en la fotografía que el señor Tanner le había dado. *Butterfly*, la esperaba con los brazos abiertos y una placa en la entrada, en la que aparecía una bonita mariposa de color rojo intenso, que hacía honor a su nombre. La misma con la que Amy soñó noches atrás. Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero trató de ver el lado positivo a la situación. Se

trataba de una preciosa casa de piedra de dos plantas y pequeñas ventanitas desde donde se podía ver el acantilado. Y el mar... cuyas olas ese día golpeaban con fuerza las rocas. Hacía mucho frío. Amy se abrochó su chaqueta negra de cuero y empezó a descargar el coche. Lo dejó todo en el porche, protegido con unas vigas de madera y con unas vistas privilegiadas al mar y a las verdes montañas. Al entrar en la casa, se sorprendió mucho al verla amueblada. Los muebles eran rústicos, tal y como le gustaban a Tom. Amy paseó despacio, pisando con inseguridad los suelos de madera. La casa era luminosa a pesar del mal tiempo. Nada más entrar, a mano izquierda se encontraba una amplia

cocina americana y a la derecha un salón con un confortable sofá de color beige y un televisor colgado en la pared de piedra. La chimenea le daba un aire cálido al ambiente y acogedor, como cada rincón del que Amy empezaba a considerar su hogar. A un lado, una puerta corredera que daba paso a un pequeño jardín interior rodeado de un muro de piedra repleto de hiedra, cuyo protagonista indiscutible era un enorme sauce llorón. El árbol preferido de Amy, que empezó a llorar de emoción al verlo, mientras tocaba sus frondosas ramas caídas. Tuvo ganas de descalzarse y correr sobre el césped verde y mojado. Ya empezaba a llover y la casa que Tom había construido para

ella, se veía en medio de ese acantilado, preciosa. Con un encanto especial. En la planta de abajo, había un pequeño pasillo que conducía a un aseo completo y a un despacho. Amy abrió los ojos como platos al ver a su disposición un pequeño pero completo estudio, cuyas paredes estaban repletas de libros en unas estanterías empotradas a la pared. Frente a la entrada, un escritorio de madera con un ordenador y una ventana más grande que el resto con vistas al mar, donde Amy pudiera encontrar la inspiración necesaria para empezar a escribir una buena historia. Como si Tom, desde el otro mundo, lo hubiera dispuesto todo para su futuro. Un futuro en el que sabía, que él no tenía cabida.

Subió las escaleras. Un amplio pasillo la recibía con dos habitaciones y un cuarto de baño enorme con jacuzzi incorporado, desde donde al igual que en todas las estancias de la casa, también podía verse el mar. Amy se sintió en el paraíso, sin poder creer aún que era la propietaria de *Butterfly*. Aún tenía muchas cosas que organizar aunque la casa estuviera dispuesta para entrar a vivir. Al día siguiente, vendría el camión de la mudanza con todas sus pertenencias y entonces, sí podría empezar la ardua tarea de mudanza que ya había experimentado al vaciar el apartamento de Londres.

Preparó una té verde y con un

cigarrillo, salió al porche desde donde sentada en una silla balancín que le recordó a las tardes de columpio con Tom, contempló el paisaje y la lluvia. Una lluvia que prometía no cesar en horas y que dejaba un aroma maravilloso al que Amy se volvería adicta con el tiempo. A los cinco minutos, escuchó como un coche aparcaba cerca de la casa y unos pasos se aproximaban. Era un hombre de unos cincuenta años muy parecido al señor Tanner, que amigablemente, se acercó a Amy.

-Buenas tardes. ¿Señorita Campbell? –preguntó.

-Sí.

-Mi nombre es Derek Harrison, soy colega del señor Tanner. Venía para asegurarme de que todo está bien.

-Todo está perfecto.

-Me alegro. Entonces, ¿ningún problema? ¿Tom lo planeó todo a su gusto? —siguió preguntando insistentemente. Amy sintió una punzada en el corazón al escuchar el nombre de Tom en boca de otra persona.

-¿Puedo hacerle yo una pregunta? —el señor Harrison asintió complaciente. -¿De qué conocían a Tom? ¿Cuándo vino Tom aquí?

Derek se quedó en silencio durante unos segundos que parecieron eternos y que a Amy le parecieron muy

extraños. Empezó a sospechar y volvió a pensar que algo, no cuadraba.

-Verá, no lo sé a ciencia cierta. No fue conmigo con quien habló. El propietario de este terreno murió poco después de que Tom lo comprara y... – empezó a balbucear, queriendo evitar dar una respuesta clara que Amy pensó que quizá no sabía. – Bueno, lo último que sé es que el arquitecto colega de Tom, vino desde París a cerciorarse de que la casa se construía tal y como estaba en los planos al recibir la herencia de los señores Levy.

-Tom no tenía ningún colega arquitecto en París.

-¿No? Yo creo que sí, señorita

Campbell. El señor... ¿cómo se llamaba? Vaya, no lo recuerdo... No siempre lo sabemos todo de nuestras parejas ¿no cree? –repuso Derek guiñando un ojo y moviendo hacia un lado su espeso bigote blanco.

-Su presencia me ha inquietado señor Harrison. –dijo Amy sinceramente.

-No quería importunarla. En absoluto. Siga disfrutando de la tarde, es un privilegio vivir aquí. Cuídese.

Derek Harrison abrió su paraguas y se fue por donde había venido. Amy esperó no volverlo a ver. No le había dado buena espina y sus respuestas no habían aclarado todas las

dudas que tenía aún, sobre esa casa. Sobre Tom y sus planes antes de morir. Se encogió de hombros y decidió ir al estudio a encender ese ordenador desconocido. Al encenderlo, un archivo Word con una carta escrita se abrió.

Esto sí que no te lo esperabas, ¿verdad, Amy?

Imagino que habrán pasado años desde que no estoy a tu lado. Te pido perdón. Sabes que mi vida siempre ha sido complicada... pero si algo bueno tenía mi mente, era poder ver más allá de lo que conocemos. No solo he visto a lo largo de mi vida masacres, sangre, muertes y desastres naturales...

pesadillas con mariposas o cosas que espero que tus ojos no vean jamás. También pude ver el futuro y te vi a ti en él... preciosa como siempre. Y te vi en esta casa, Amy... y en este rincón especialmente creado para que te conviertas en la escritora del próximo *Best Seller* del momento. Aquí es donde empezarás a crear tu obra maestra. Lo sé. Lo vi. Aunque no es bueno dar información sobre el futuro a la gente ¿sabes? Todos tenemos nuestro propio destino y si lo conociéramos, tendríamos el poder de cambiarlo, transformarlo o hacerlo desaparecer. No vayamos en contra de él, Amy... a menudo, nos puede sorprender y debemos dejar que así sea.

Te quiero y siempre te querré.

Tom L.

Amy leyó una y otra vez cada palabra. Pero en vez de emocionarse, se frotó los ojos como si lo que estaba viendo fuera una mentira. Estudió cada frase, como queriendo descifrar un código secreto que desgraciadamente, no encontró. No habían códigos secretos. No había un trasfondo que le hiciera tener la esperanza de que, quizá aquel cuerpo que encontraron en el río, no era el de Tom. Guardó la carta en el escritorio aún vacío y comprobó si internet funcionaba. Lo pudo configurar

sin demasiado problema y una vez hecho, le envió un correo electrónico a Steve para que le encargara los próximos artículos que debía escribir. Y después de eso, encendió un cigarrillo e intentó empezar a escribir esa historia que tenía pendiente desde hacía mucho tiempo... la historia de un ser extraordinario que se dignó a visitar la tierra durante un ratito, para hacer feliz a la protagonista de su novela. El argumento lo tenía en su mente, solo tenía que dejar volar la imaginación.. y con esas vistas privilegiadas al mar, podría hacerlo. Sería fácil. Pero dos horas después, el cenicero estaba repleto de colillas y en la primera página solo tenía escrita una frase.

“Uno siempre recuerda esos besos donde se olvidó de todo”

Frustrada, volvió al porche a contemplar la lluvia y el paisaje. A fumar y a beber té verde sin parar. Por primera vez, hasta le apeteció una copita de whisky. Más tarde, preparó una ensalada y vio una comedia romántica en la gran pantalla de su nuevo televisor. Todo era nuevo, interesante y emocionante. Y lo mejor de todo... se sentía bien. Antes de ir a dormir, se cercioró de cerrar bien las puertas y subió al piso de arriba. Miró por la ventana. Las oscuras y solitarias vistas daban un poco de miedo al ser tétricas y

ver únicamente el reflejo de la luna en el mar revuelto. Amy corrió la cortina blanca y se tumbó en su nueva y confortable cama con dosel. No sin antes, encender y apagar las luces nueve veces y lavarse la cara otras tantas... había cambiado de lugar, pero no de costumbres. No se oían coches. Ni voces. Solo la calma de la noche y el susurro del mar...

-Tom... Tom... cuéntamelo todo, por favor... cuéntamelo... –susurró antes de quedarse profundamente dormida.



Desorientada, Amy se despertó a las once de la mañana. Miró con rabia al despertador, que la había abandonado y no había sonado a las siete como de costumbre. Tenía que adaptarse a una nueva rutina por mucho que le costara. Ya no estaba en Londres. Aquello no era Londres aunque tenía algo en común... su cielo gris. Miró por la ventana para ver de quien era el claxon que la había despertado. Se vistió rápidamente al ver que se trataba del camión de mudanzas con todas sus pertenencias. Corrió escaleras abajo y abrió la puerta a dos jóvenes musculados que poco a poco, fueron descargando cajas y algún mueble.

Cuando se fueron, Amy respiró aliviada. No le gustaban las visitas y mucho menos en esa casa. Sin saber porque, pensaba que le pertenecía solo a ella y a la memoria de Tom y que nadie... absolutamente nadie, debía pisar ese suelo de madera. Antes de abrir las cajas y ordenarlo todo, preparó café y se encendió un cigarrillo. Ya no hacía falta asomarse por la ventanilla de un pequeño apartamento... ahora podía salir al porche, sentarse tranquilamente y dejarse llevar por la brisa marina en todo su esplendor. Y aunque el día fuera oscuro y tormentoso, el alma de Amy se encontraba feliz ante ese nuevo día. Tres horas más tarde, ya había

desempaquetado todas las cajas, ordenado sus libros, películas y ropa. Y también aprovechó bien el tiempo que tenía, para colocar sus muebles en el espacio que creyó que quedaban mejor, aunque no fueran muy acordes con la decoración ya impuesta de la casa *Butterfly*. Llenó los armarios de la cocina y de los dos cuartos de baño y adornó las paredes con los pocos cuadros que tenía.

Ya frente al ordenador, volvió a leer la carta de Tom y con una sonrisa, intentó iniciar su novela... pero de nuevo, las musas no la acompañaron, así que decidió ponerse a escribir los artículos que Steve le había encargado a

través de un correo electrónico en el que le deseaba que la llegada a Dingle hubiera ido bien. Y así pasaron cinco horas sin pena ni gloria... frente a un ordenador, como si volviera a estar en el interior de su cubículo en las oficinas del periódico local. Envió los artículos obteniendo una respuesta inmediata de Steve, que le encargaba más trabajo para que tuviera faena durante toda la semana.

Asfixiada por no encontrar la inspiración deseada, se dirigió por primera vez hasta la playa por un camino serpenteante. Miró fatigada la cuesta que tendría que subir de vuelta a casa, pero merecía la pena. El ambiente,

aunque frío, era maravilloso. Y solitario. Características que entusiasmaban a Amy. Se abrochó bien la chaqueta, se descalzó y empezó a caminar por la fría arena en contacto constante con el agua del mar burbujeante. Respiró profundamente, miró hacia el cielo nublado y pegó un gritito al ver que empezaban a caer finas gotas de lluvia. Tal vez cogería un buen catarro, pero no importaba... se sentía muy bien por primera vez en mucho tiempo. Pero de repente, volvió a tener un oscuro presentimiento. Como cuando se despidió de Tom aquella tarde. Como cuando el señor Tanner la observaba desde la calle. En esa ocasión, fue como si alguien también la vigilara desde

algún rincón que ella aún desconocía. A lo lejos, pudo vislumbrar una cueva parecida a la que apareció en sus sueños, cuando huía despavorida de las numerosas mariposas que la perseguían. Miró a su alrededor. No parecía haber nadie y aún así la sensación de que unos ojos estaban puestos sobre ella no desaparecía. Extrañada, decidió subir la cuesta por el camino serpenteante de regreso a casa. Y sin embargo, se arrepintió de haberlo hecho al ver que en el porche, la esperaba un nuevo invitado no deseado.

-¿Qué haces aquí? –preguntó Amy, escudriñando al hombre de las manos sucias, repletas de pinturas de

colores.

-Paul, me llamo Paul Geller. Y tú eres la mujer de pocas palabras, claro. Como ayer en el café. –dijo sonriendo. –No te gusta mucho la gente, ¿verdad? Pues te diré que a mí sí. Me encanta conocer gente aunque hay muy poca que me llame la atención. Y tú me has provocado curiosidad. Bueno, tú y... tus bonitos ojos tristes. ¿Has ido a pasear a la playa? Yo voy a menudo pero con este tiempo... te arriesgas a coger un resfriado de mil demonios. Sí, lo sé... hablo demasiado, pero parece no estar muy dispuesta a decir nada así que... Te preguntarás... ¿por qué tiene las manos tan sucias?

-No, no me lo pregunto. Me da

igual.

-¿De verdad? ¿No tienes ni una pizca de curiosidad? –Amy negó con la cabeza seriamente. Paul rió y se encogió de hombros. –Soy pintor. No de casas, de cuadros. Arte con las manos. Desde niño lo hacía y no he perdido la costumbre. Y me gustaría invitarte a mi próxima exposición. Es pasado mañana, a las cuatro de la tarde en la galería Cronin en la calle Green, muy cerca de la Iglesia St. Mary's. Carol tiene una de las mejores galerías de arte de la zona y habrá un catering... ¡para chuparse los dedos! –exclamó con entusiasmo, achinando sus ojos color miel. -Después nos iremos a tomar algo pub de Murphy's. Lo pasaremos genial.

-No, gracias. –respondió Amy, haciendo un ademán de entrar en casa.

-¿Por qué? ¿No vas a salir nunca de aquí?

-¿Los súper mercados de aquí reparten a domicilio? –preguntó, pensando en esa maravillosa posibilidad.

-Creo que no...

-Es bueno saberlo. Adiós, Paul.

-No, espera. ¿Cómo te llamas?

-Amy Campbell. –respondió Amy, poniendo los ojos en blanco y deseando que ese hombre la dejara en paz.

-Amy. No sé qué es lo que te habrá pasado para que seas así, pero... ¿sabes lo que te estás perdiendo? Tengo

treinta y ocho años, me casé hace diez con una mujer preciosa a la que conocía desde que era un niño. Se llamaba Abbey y teníamos tantos proyectos en común... queríamos tener tres hijos, vivir tranquilos en Dingle y ser felices. Nada más. Al año de casarnos, Abbey cayó enferma y murió dos meses después. Mi mundo se derrumbó y estuve dos años encerrado en casa trabajando. No quería saber nada de nadie y solo hablaba conmigo mismo y con Abbey... Estaba empezando a volverme loco. Afortunadamente, salí de ese pozo sin fondo. Empecé a salir, a exponer mis obras, a venderlas por todo el mundo y aunque no he olvidado a Abbey y nunca lo haré, me lo he pasado

bien con otras mujeres. Y no pasa nada. La vida está para disfrutarla, no para encerrarse entre cuatro paredes.

-Antes de nada, lo siento mucho Paul. Te entiendo perfectamente. Hablas mucho... demasiado. Y no parece lógico que le cuentes tu vida íntima a una desconocida. Y por último, me gustaría encerrarme entre mis cuatro paredes y no escuchar nada más que el silencio y las gotas de lluvia al caer en la oscuridad de la noche.

-Vaya, vaya... ¿Escritora, tal vez?

-¿Qué? —preguntó Amy desconcertada.

-Por como has hablado... tan poética... No escuchar nada más que el

silencio y las gotas de lluvia caer en la oscuridad de la noche... –repitió Paul, mirando al cielo. –La gente no habla así, Amy. Venga, invítame a un whisky y te lo perdono. –sugirió guiñando un ojo.

-Vuelve a Dingle, Paul. Y déjame en paz.

Amy abrió la puerta y rápidamente, se encerró en casa dejando a Paul en el porche sin darle la oportunidad de decir nada más. Se estaba haciendo de noche y pronto empezaría a llover más. Paul, cabizbajo, volvió hasta su coche sin saber que Amy lo observaba desde la ventana de la cocina. Seguramente iría con sus amigos a tomar una cerveza al pub. Eso siempre

era un buen plan aunque fuera miércoles.

Amy, que se había sentido identificada con la historia que Paul le había contado, pensó en la posibilidad de ir el viernes a la exposición. ¿Por qué no? Podría ser un buen tema para el periódico local de Londres... a Steve le gustaría esa iniciativa propia que tan poco le había demostrado durante los cinco años que llevaba trabajando allí. A lo mejor podría hablar en el periódico sobre Dingle y su nueva vida en Irlanda aunque no fuera demasiado intensa, social o interesante. ¿Podría interesarle a los londinenses?

A lo mejor ese hombre de manos sucias tenía razón. Tal vez había llegado

el momento de entablar conversación con desconocidos, con alguien interesante... alguien que no fuera ella misma o Tom. Arriesgar, descubrir, salir... volver a vivir disfrutando de cada momento sin que le molestara la presencia de nadie.

Volvió a encerrarse en el estudio deseando que esta vez, las musas la acompañaran. Y así fue. Tres horas y media escribiendo sin parar. Cuando quiso revisar todo lo que había escrito, se alegró al ver que tenía completas cincuenta páginas. Iba por el buen camino y merecía un descanso... como no, eligió de nuevo el porche y la compañía de un té y un cigarro.



A las dos del mediodía de un frío viernes otoñal, que en unos días daría paso al invierno, Amy miraba con detenimiento su armario. Iría a la exposición de Paul. Conocería a gente y seguramente volvería a encontrarse con Ruby, que le había caído especialmente bien. Pensó que probablemente no sería una exposición elegante, así que eligió unos tejanos ajustados y una camisa blanca. Haría el ridículo con zapatos de tacón, puesto que las calles empinadas del pueblo no lo ponían fácil para andar con ellos. Decidió colocarse unas botas

de color marrón y como abrigo, su cazadora de cuero negro. Se miró en el espejo pensando en si debía o no maquillarse un poco. Disimular sus ojeras y animar a esos pómulos que cada vez estaban menos tersos. Por primera vez en años, pensó en darse una nueva oportunidad. ¿Y si volvía a encontrar el amor en Dingle? Negó con la cabeza riendo... no podía hacerle eso a Tom. No después de todo lo que él había hecho por ella. Esa casa... la herencia de sus padres destinada a ella... ¿Por qué? ¿Qué futuro vio Tom? ¿Qué imágenes viajaron por su mente para planear algo así?

-¿Qué te hicieron, Tom? -

preguntó Amy con la mirada fija en su reflejo y visualizando de nuevo el cuerpo inerte de veinticinco años de su novio, tumbado en una fría camilla de metal del laboratorio forense. De nuevo, recordó el llanto del padre de Tom y el desfallecimiento de su madre... ambos muertos. Ya no estaban. Ya no quedaba nada de ese pasado...

Intentó animarse un poco. Cubrió sus ojeras y con dificultad por la falta de costumbre, adornó sus pestañas con rímel. Coloreó con un tono melocotón sus pómulos y se puso brillo en los labios. A las tres y media de la tarde, salió de las cuatro paredes de su nuevo hogar y cogió el coche hasta Dingle.

Aunque al llegar al pueblo por primera vez pensó que era imposible perderse en Dingle, en esta ocasión se desorientó por las estrechas calles. Finalmente, logró ubicarse al encontrar la iglesia de St. Mary's. Enfrente, estaba la galería donde ya había gente esperando en el exterior. Aparcó el coche y con las piernas temblorosas, al saber que tendría que enfrentarse a las miradas de mucha gente desconocida, se dirigió hasta la galería. Ya habían abierto las puertas. Amy entró y las miradas de los más curiosos se posaron sobre ella. En la desconocida que recientemente había ido a vivir a la famosa casa *Butterfly* en el acantilado. Se sintió fuera de lugar e incómoda. No eran miradas amables, si

no más bien interrogantes... Y lo peor de todo fue, cuando empezaron a cuchichear entre ellos. Amy optó por hacer caso omiso y centrarse en las maravillosas pinturas abstractas que tenía frente a ella. Llenas de vida y de color. Pensó en las manos sucias de Paul que llevaban esos mismos colores como si fueran tatuajes en su piel.

-La mujer de pocas palabras se ha dignado a venir a mi exposición. –le dijo una voz conocida detrás.

-Paul. –saludó Amy nerviosa.

Ese día, Paul no tenía manchas en sus manos. Estaban perfectamente limpias. Eran grandes y fuertes.

Poderosas, ágiles y al tacto algo ásperas. Pero eso era algo que Amy, aún no sabía. Al igual que ella, Paul había elegido para la ocasión una camisa blanca y unos vaqueros que le quedaban muy bien. Además, Amy aspiró con disimulo su perfume. Como queriéndolo retener en su recuerdo. Suave y masculino. Inolvidable.

-¿Puedo decirte una cosa? – preguntó Paul pícaramente, sin esperar respuesta. –Eres lo más bonito de esta sala. Más incluso que mis cuadros y te aseguro que eso... es muy difícil de conseguir. –sonrió, logrando sonrojar a Amy.

-Todos me miran mal.

-Bah, ni caso. Mentes cerradas. Espera a que llegue la gente joven, te recibirán con los brazos abiertos, Amy.

Así fue. Los amigos de Paul fueron llegando poco a poco, incluida Ruby, que se acercó a Amy en seguida.

-¿Ya funciona la capota del coche? –le preguntó divertida.

-No he vuelto a abrirla. Por si acaso. –rió Amy, feliz al verla. Le recordaba tanto a su “yo” de hace unos años... Esa risa, esas ganas de vivir y comerse el mundo. Ruby era sociable, siempre tenía algo que contar y sobre todo, parecía feliz.

-Paul es el gran artista del

pueblo. Ha expuesto en París, Roma, Los Ángeles, Nueva York... es muy conocido. Bueno, él no... porque no quiere. Pero sus obras son famosas en todo el mundo. Para Dingle es todo un honor que al fin se haya dignado a mostrarlas aquí.

-¿Y eso? –preguntó Amy sorprendida ante una información que desconocía completamente.

-Es la primera exposición que hace en Dingle. Me pregunto si tú tendrás algo que ver...

-No entiendo lo que me dices. – dijo Amy mirando a Paul, que mantenía una interesante conversación con una pareja absorta totalmente en una de sus pinturas.

Sintió una repentina curiosidad por Paul. Esa especie de curiosidad que se siente por un desconocido, cuando lo que en realidad quieres, es que forme parte de tu vida. No le había sucedido eso desde que veía a un pequeño Tom solo e indefenso en el recreo sin amigos. Ruby continuó con su ajetreada vida social y Amy se quedó sola en medio de la sala. Por aburrimiento, aceptó una copa de champagne que le sirvió un camarero y continuó mirando las obras. Steve había aceptado su propuesta para escribir un artículo de la exposición y sobre su nueva vida en Dingle. Podía ser de interés para los lectores, conocer algo más de la nueva vida en Irlanda de

una de las redactoras preferidas del periódico. Lo que no había sospechado, es que Paul tuviera tan buena reputación como artista y en Dingle, lo consideraran un célebre habitante.

-¿Te gustan? –preguntó Paul de repente.

-Esta especialmente. –respondió Amy, señalando una obra en la que predominaba el color amarillo.

-Es Abbey. –le informó Paul pensativo. -¿Qué te parece que es? –quiso saber el pintor.

-Una estrella.

-Exacto, Amy. Es una estrella de formas abstractas. Así es como imaginamos a nuestros seres queridos

cuando desaparecen de este plano. Como estrellas que nos observan de noche y nos protegen. Y si tenemos paciencia y esperamos a que el casi siempre cielo cubierto de Dingle se despeje, las podemos ver.

Amy se quedó paralizada ante el bonito lenguaje de Paul. Ensimismada en su boca y en sus profundos ojos, que miraban con pena la abstracta estrella que había pintado pensando en Abbey.

-Muy bonito. –dijo Amy al fin, tratando de no mostrar demasiado sus pensamientos.

-Esto es un muermo. Te prometí diversión y la vas a tener. ¿Vienes con

nosotros al pub en media hora?

-No sé... debería volver a casa.

-dudó Amy cabizbaja.

-Como quieras.

-¿No vas a insistir?

-La técnica de no insistir funciona, por lo que veo. –dijo Paul con una media sonrisa encantadora, que Amy imitó.

Cuarenta minutos después, Amy se encontraba en el animado pub de Murphy's bebiendo una cerveza con Paul, Ruby y seis amigos más. Ella, en silencio, solo podía maldecir el momento en el que no había guardado en el bolso su líquido desinfectante. Pero sus manías y obsesiones se le olvidaron

a medida que el tiempo pasaba y las jarras de cerveza se vaciaban. Algo mareada, se plantó en medio de la pista a bailar junto a la gente, al ritmo de la música de un joven y desconocido grupo de rock. Paul la miraba desde la distancia, mientras Ruby le contaba que le quedaba poco para terminar la carrera de económicas en la que estaba centrada y que Harry, su ex, le había vuelto a enviar *whatsapps* porque no podía vivir sin ella. Pero Paul no escuchaba a la joven y dicharachera Ruby... solo tenía ojos para Amy, que ese día decidió empezar a vivir quizá gracias a sus palabras. Quizá gracias a él. Sonrió y se disculpó con Ruby para ir junto a Amy, a la que habían rodeado un par de

hombres al verla borracha e indefensa.

-Chicos, largo de aquí. –
amenazó Paul, cogiendo a Amy
delicadamente por la cintura.

-¡Si tenemos aquí al gran pintor!
–exclamó Amy totalmente ebria,
rodeando con sus brazos el cuello de
Paul.

-Mujer de pocas palabras...
deberías ir a dormir. En estas
condiciones no puedes coger el coche,
así que te invito a mi casa. Por supuesto
yo duermo en el sofá.

-No, no... ¡yo me voy a
Butterfly!

Paul resopló y agarrando a Amy

por la cintura, se dirigió hasta su coche. Eran las once y media de la noche y por como estaba el cielo, Paul pensó que se avecinaba una gran tormenta. Colocó a Amy en el asiento del copiloto, asegurándose que estuviera bien y condujo hasta el acantilado. Al llegar, buscó las llaves de la casa en el bolso de Amy, volvió a cogerla en brazos profundamente dormida y entraron en casa. Paul observó por primera vez, el interior de la casa *Butterfly*. Nadie en el pueblo sabía de donde habían sacado el permiso para edificar ahí, en un lugar turístico protegido. La edificación era todo un misterio para los habitantes de Dingle y cercanías, y aunque Amy no lo supiera aún, muchas eran las leyendas

que ya circulaban sobre el terreno y la misteriosa persona a la que nadie había visto, que mandó a construir la casa. Los obreros de la construcción, no tenían respuestas para las numerosas preguntas que les hacían los que iban a curiosear hasta el acantilado. ¿Quién era el propietario de la casa? ¿Por qué ahí? Nadie sabía nada. *Butterfly* y su lenta construcción desde el año 2010, era todo un misterio.

Al subir por las escaleras para llevar a Amy a la habitación, Paul escuchó unos pasos. Se detuvo para cerciorarse que había cerrado bien la puerta. No parecía haber nadie más salvo ellos dos, así que no le dio

demasiada importancia. Cuando estaban frente a la puerta de la habitación de Amy, el sonido de un fuerte trueno, la despertó. Se abalanzó temblando sobre Paul, que la abrazó dulcemente. Instantes después, Amy lo miró fijamente a los ojos y acercó su rostro al de él... lentamente... muy lentamente...

-Tom... –susurró Amy.

Paul frunció el ceño, acarició el suave rostro de Amy y le sonrió, llevándola hasta la cama. Le quitó las botas y la arropó dándole un tierno beso en la frente. Acarició el cabello corto de Amy y salió sin hacer ruido. Decidió tumbarse en la habitación de al lado, no

sin antes asegurarse recorriendo todas las estancias de la casa, que allí solamente estaban Amy y él.



CAPÍTULO 6

Un delicioso aroma a café, despertó a la mañana siguiente a Amy. Se sentía más desorientada que nunca, con un terrible dolor de cabeza e incesantes mareos. Lo último que recordaba era estar bailando en mitad de aquel pub y ni siquiera sabía como había llegado a casa. Al bajar las escaleras, vio a Paul preparando unas tostadas.

-Buenos días, mujer de pocas palabras. –saludó alegremente.

-¿Qué haces aquí? – preguntó Amy confusa.

-Te traje a casa anoche.

Menuda tormenta ha caído. Tranquila, he dormido en la habitación de invitados y he hecho la cama. ¿Café? –ofreció Paul, sirviéndole una taza. Amy se sentó en un taburete sosteniéndose la cabeza. – Consecuencias de la borrachera que pillaste anoche, me temo. ¿Estás bien?

-Resucitaré... –susurró

Amy.

-Claro que sí. Pero al menos lo pasaste bien ¿verdad? Y mis pinturas te gustaron, eso me pareció. – Amy asintió dándole un sorbo a su café. –Casi mejor me callo, deben sonar panderetas en el interior de tu cerebro.

-Más o menos...

-¡Bien! Respondes a mi conversación. Hemos avanzado.

-Gracias por traerme a casa. –sonrió Amy, mirándolo fijamente.

-De nada, cualquiera lo hubiera hecho. Luego bajamos al pueblo para que puedas coger tu coche.

-¿Mi coche está en Dingle?
–preguntó Amy. –No tengo fuerzas...

-Cuando tú quieras. No tengo prisa.

-Vale... gracias... Creo...
creo que voy al baño...

Pasadas unas horas, la resaca de Amy fue disminuyendo y la presencia de Paul, que se encargó de preparar una rica comida, resultó ser reconfortante y entretenida. Había olvidado por completo lo que era estar

en buena compañía. Como en sus mejores tiempos... con un rostro totalmente distinto que aún recordaba como si lo hubiera visto ayer. El de Tom, que seguía sin aparecer en los sueños de Amy.

-Ruby me contó que eres un famoso pintor. Que tus obras han recorrido medio mundo. –dijo Amy con admiración, dándole una calada a su cigarrillo, mientras contemplaba las vistas desde el porche.

-Sí, han recorrido lo suyo. – afirmó Paul sonriendo. –Es genial trabajar en lo que te gusta. Le pones empeño y pasión y eso se nota en el resultado, supongo. No digo que sea el

mejor, pero estoy satisfecho con mi trabajo. Orgullosos de cada uno de mis cuadros.

-Si no te importa, me gustaría hablar de tu exposición y de ti en el periódico local de Londres en el que trabajo.

-¿Opinarás sobre mis obras?

-Sí. Me encantaron...
¿Puedo preguntarte en que te inspiras?

-En la vida. En los sucesos... desde los más cotidianos hasta los más importantes. En personas y en sentimientos.

-Gracias por la respuesta.

-¿Solo esa pregunta?

-Sí, con eso tengo bastante

para escribir el artículo sobre todo lo que vi ayer.

-Que ilusión. Recortaré tu artículo y lo guardaré como un tesoro. – prometió Paul riendo.

-Habrán escrito artículos sobre ti, supongo.

-Sí, pero de echo eres la única que ha podido interrogarme aunque no hayas aprovechado bien el momento y solo hayas hecho una pregunta. El resto de periodistas matarían por poder hacerlo... –dijo Paul riendo. –Es broma. La verdad que soy bastante poco accesible. Me gusta darle el protagonismo a mis obras, no a mí.

-Entiendo. A mí me pasa lo mismo con mis artículos. Todos los

redactores tienen una fotografía en el inicio de cada uno de sus artículos. Yo no.

-Pues los lectores se pierden la oportunidad de contemplar un rostro muy bonito.

-Paul, deja de halagarme tanto. No voy a ser una más en tu colección. –repuso Amy con humor.

-¿Y quién te ha dicho que quiero que seas una más en mi colección? –preguntó Paul seriamente, sin que Amy supiera que decir. -¿Quién era Tom? –ante esa inesperada pregunta, Amy se quedó paralizada. Le dio la última calada a su cigarro y reprimiendo las lágrimas, aplastó lentamente la colilla en el cenicero. –Anoche dijiste

su nombre.

-Era mi novio. Murió hace doce años.

-Por eso me dijiste que me entendías cuando te conté lo de Abbey.

-Sí. Sé lo que es perder a alguien a quien quieres. Da igual como pase... es cruel.

-Entonces, ¿vivías en Londres? -Amy asintió. -¿Puedo preguntarte cómo has llegado hasta aquí?

-Es una historia un poco rara, Paul. Ni siquiera yo la entiendo. -respondió Amy sinceramente, que al mirar a los ojos de Paul sabía que podía confiar en él.

-Cuéntamela. A lo mejor

llegamos a una conclusión juntos. Lo cierto es que en el pueblo aún se preguntan como pudieron construir una casa aquí. Muchos lo intentaron y el ayuntamiento no dio los permisos necesarios para hacerlo.

-¿No se puede construir aquí?

-Es un lugar turístico. Como ves, a unos metros se encuentran unas importantes ruinas que turistas de todo el mundo vienen a visitar. El propietario de esta parcela se llamaba Michael Logan y su deseo era construir una casita aquí. Nunca le otorgaron ningún permiso. Así que se cansó y vendió el terreno. Todos nos quedamos muy sorprendidos cuando en 2010 empezaron

a construir esta casa que han tardado cinco años en finalizar. Efectivamente, comprobaron que todo era legal, que tenían licencia para construir. Algo que en años, nadie consiguió.

-¿Sabes quién la construyó?

-¿No lo sabes tú? –preguntó

Paul sorprendido. Amy negó amargamente. –Corren todo tipo de leyendas... los pueblos, ya sabes. Dicen que se trata de la obra de un fantasma. –rió, aunque a Amy se le pusieron los pelos de punta. Al fin y al cabo, Paul no iba muy desencaminado. –Bah, tonterías... Y ahora has llegado tú y has causado mucha curiosidad entre los habitantes de Dingle.

-¿Por qué?

-¿Será tu belleza?

-¡Basta ya, Paul!

-Es broma, es broma...

Bueno, no lo es. Pero cuéntame, ¿cómo has llegado tú hasta aquí? Has pasado de vivir en el centro de Londres a una casa solitaria en un acantilado de Irlanda.

-Menudo cambio ¿eh? – Amy inspiró hondo, tratando de ser sincera con Paul sin desvelar detalles de lo que fue la trágica y tormentosa vida de Tom debido a su don. -Tom estudió arquitectura. Era su pasión... Murió días después de empezar a trabajar como arquitecto en un prestigioso estudio. Por lo visto, años antes diseñó esta casa que empezó a construirse con la herencia de

sus padres, fallecidos de un accidente de coche en 2010. Siete años después de la muerte de Tom. Yo no sabía nada, ni siquiera que Tom tenía un abogado... Era tan joven... –se lamentó Amy, apartando su flequillo de la frente, ante la atenta mirada de Paul. -Fue el abogado quien me contactó para explicármelo y me entregó las llaves de la casa diciéndome que era la propietaria, tras firmar unos papeles. El otro día vino un colega de este abogado... no recuerdo su nombre. Le hice preguntas y solo me dijo que se había encargado de la construcción un arquitecto colega de Tom que había venido desde París. Le dije que no creía que Tom tuviera ningún colega... te

aseguro que sé porque lo digo. Y me dijo que nunca llegamos a conocer del todo a las personas. Tal vez tenga razón. Pero hay cosas que no me cuadran demasiado.

-Vaya. Entonces esta casa te traerá recuerdos.

-En realidad no. Nunca viví nada aquí con Tom. Sin embargo en Londres sí... al principio veía su rostro en cada chico. No podía pasar frente al parque donde íbamos al atardecer a columpiarnos y a hablar de la vida y el futuro porque me ponía a llorar... Y por supuesto... -Amy se detuvo. Demasiada información. No quería mencionar el río Westbourne en el que encontraron el cuerpo de Tom.

-Tranquila. Duele hablar del pasado. —entendió Paul.

El teléfono de Paul sonó, pero decidió ignorarlo. Estaba demasiado ocupado contemplando las hermosas vistas que tenía delante, que para él no era el agitado mar o las frondosas montañas... eso lo tenía muy visto. Y sin embargo, le era difícil apartar la mirada de Amy.

Pero quien fuera que llamaba, necesitaba hablar urgentemente con Paul, porque no cesó en su intento.

-Cógelo. —dijo Amy, que odiaba el sonido del teléfono.

Paul le hizo caso, pero hubiera querido no hacerlo. Malas noticias. Unas noticias fatídicas que cambiarían el rumbo de sus vidas y las de todo el pueblo de Dingle. A Paul se le cayó el teléfono de las manos y paralizado, miró a Amy con horror.

-¿Qué pasa? –preguntó Amy sobrecogida.

-Han... han... –Paul no podía hablar.

-Paul. –repitió Amy.

-Han encontrado el cadáver de Ruby en el río Maine... –explicó al fin.

-¿Qué? ¿Ruby? –preguntó Amy, a quien la sola idea de imaginar un cuerpo inerte flotando sobre un río le traía

horribles recuerdos.

-No puede ser... Ruby...

Amy se acercó a Paul y casi como por inercia, le dio un cálido abrazo que él agradeció, mientras las lágrimas no pudieron evitar correr por sus mejillas ante el impacto de una noticia tan terrible como esa.



Nada igual se había vivido en el pequeño y familiar pueblo de Dingle. El cadáver de Ruby apareció en

el río a las ocho de la mañana. Fue descubierto por un vecino al que tuvieron que atender de inmediato por el shock que había recibido al ver el cuerpo amoratado de la joven. La autopsia reveló que fue golpeada, maniatada y violada antes de que lanzaran su cuerpo al río. Un crimen horroroso del que se hizo eco la prensa local y por la que el pueblo perdió la tranquilidad a la que estaba acostumbrado. Amy, en silencio, revivió el peor momento de su vida, cuando en 2003 el cadáver de Tom apareció en el río. Acompañó a Paul hasta el tanatorio donde habían llevado el cadáver de Ruby tras la autopsia. Allí se encontraron con familiares y amigos.

Amy vio en los rostros de los padres de Ruby, a los padres de Tom... como si el pasado hubiera vuelto. Atormentándola cuando había decidido dar un giro repentino a su vida. Paul, aunque roto de dolor, intentaba consolar a los padres y a la hermana de Ruby, que no paraban de llorar desconsolados.

-Paul... Dios mío, ¿quién ha podido hacer algo así? –preguntaba la madre de Ruby entre los fuertes brazos de Paul, sin poder creer aún lo que había sucedido.

Ni Paul ni nadie tenía respuestas. La policía local trabajaba duramente junto a un equipo de

investigadores recién llegados de Dublín, para encontrar respuestas a la violenta muerte de Ruby. Pero no había huellas ni pistas que condujeran al agresor. Interrogaron a todos los habitantes del pueblo con una misma pregunta. El agente Samuel Mhic, amigo de toda la vida de Paul, trabajaba en el caso más difícil al que se había enfrentado en los veinte años que llevaba ejerciendo de policía. La vida en Dingle era sosegada y sencilla para un agente policial y ese asunto, parecía escurrírsele de entre las manos no solamente por lo escabroso que resultaba, si no también por el vínculo que tenía con Ruby y su familia.

-¿Cuándo fue la última vez que vio a Ruby Anderson? –preguntaba Samuel con profesionalidad, a todos los habitantes dispuestos a colaborar, intentando no demostrar el profundo dolor que sentía.

La respuesta de todos era la misma. En el pub de Murphy's. Alegre, feliz, habladora y dicharachera... No había nada raro o diferente en la joven, que hiciera presagiar un final así. Y ella tampoco parecía saber que en pocas horas, miraría a los ojos de la muerte de la forma más horrible.

-¿Sabes si iba ebria? –le preguntó Samuel a Paul.

-No, Ruby no bebe alcohol.
Ya lo sabes Sam... –contestó tristemente.
–No bebía... Ruby no... –Paul se echó
las manos a la cara.

-Paul, se lo preguntamos a
todos, no lo tomes como nada personal.
–advirtió Samuel con reparo. -¿Qué
hiciste anoche?

-Acompañé a Amy hasta su
casa y me quedé a dormir allí... en la
habitación de invitados.

-¿Con la mujer del
acantilado? ¿La nueva? –quiso saber
Samuel.

-Sí.

El agente Samuel habló
también con Amy, para corroborar que

todo lo que le había dicho Paul era cierto.

-Si no fuera por él... a lo mejor sería mi cuerpo el que hubieran encontrado muerto en el río. –se lamentó Amy.

-No diga eso señorita Campbell. Es un hecho aislado, nunca ha ocurrido una desgracia así en Dingle. Seguramente habrá sido un forastero, alguien que venía de paso y... –respondió el agente negando con la cabeza. –Gracias por su colaboración.

Amy se quedó junto a Paul, porque el hecho de volver a casa y encontrarse sola le atemorizaba. Eran ya

las diez de la noche de un horrible sábado. Paul pudo ver miedo y tormentosos recuerdos en la triste mirada de Amy.

-Amy, ¿quieres volver a casa? –le preguntó más tranquilo. Amy asintió, sin atreverse a decir que lo que realmente quería, era volver a *Butterfly* pero con él. -¿Quieres que me quede contigo unos días? Hasta que pase todo esto o pillen al maldito asesino.

La respuesta era clara y a la vez confusa para Amy. Ella, que encontraba en la soledad su propia seguridad y libertad, ahora no la deseaba. Quería estar con él. Sentirse

segura teniéndolo en la habitación de al lado. Con Paul nada malo podría pasarle.

-Sí... no me gustaría ir sola, Paul. No quiero estar sola.

-Vale. Vámonos de aquí. – dijo Paul, acariciando cariñosamente el flequillo revuelto de Amy.

Ni Dingle ni el acantilado parecían el paraíso que Amy había visto, hacía tan solo unos días desde que había llegado. Nada más entrar en casa, se sentó en el sofá agotada y encendió un cigarrillo. Paul, decidió encender la chimenea por primera vez y al terminar, se sentó junto a ella.

-Paul, lo siento mucho. Sé que querías mucho a Ruby. –dijo Amy.

-¿No tendrás whisky?

-No bebo alcohol... –se lamentó Amy. –Lo de ayer fue una excepción, te lo aseguro.

-Es horrible. Aún no lo tengo asimilado. Ruby... tenía toda una vida por delante. No entiendo como alguien puede tomarse la libertad de decidir algo así. De terminar con la vida de una persona de una forma tan salvaje... Te aseguro que como pille a ese hijo de puta lo mato yo mismo.

-Paul... A Tom lo encontraron muerto en el río Westbourne de Londres.

-Amy... –susurró Paul, abriendo mucho los ojos y entendiendo que las mismas circunstancias en las que había muerto Ruby, debían ser horrorosas para el recuerdo de Amy.

-La autopsia reveló que llevaba muerto tres días y aunque tenía huesos rotos y un fuerte golpe en la cabeza, que fue lo que acabó con su vida, no pudieron saber si se trató de un suicidio o de un asesinato.

-¡Pero está claro que fue un asesinato! –exclamó Paul indignado.

-Los forenses no lo vieron así. Caso cerrado, nunca más se supo... pero lo más extraño de todo fue que... – Amy no sabía si continuar. Nunca se lo había contado a nadie, ¿por qué Paul le

inspiraba tanta confianza? Ante la mirada interrogante de Paul, decidió continuar. -...dijeron que llevaba tres días muerto pero yo le vi tan solo unas horas antes de que encontraran el cadáver en el río.

Paul no contestó. Amy se limitó a sonreír tristemente y a contemplar el paisaje oscuro a través de la ventana. Solo la luz de un faro lejano iluminaba de vez en cuando el lugar y la luna, ese día escondida tras unos grandes nubarrones, decidió no hacer acto de presencia.

-Al principio pensé que era un lugar idílico para vivir, Paul. Ahora

me da miedo.

-Tranquila, estoy aquí. No te va a pasar nada. No le va a pasar nada a nadie más.

Pero Paul se equivocaba. Al día siguiente, el cuerpo de una turista italiana apareció muerto en el mismo río y en las mismas condiciones que Ruby el día antes. El equipo policial llevó el caso con discreción para no preocupar a los habitantes de Dingle, que ya estaban suficientemente consternados con la violenta muerte de la joven y querida Ruby. Ruby y esa turista, solo tenían en común una cosa... tenían veinticinco años. El pueblo de Dingle empezó a recibir de inmediato a multitud de gente.

Curiosos, periodistas y un amplio equipo de investigación, llenaron las calles, los hostales, los bares y los pubs del pequeño y hasta ese momento, familiar pueblo. No habían sospechosos, nadie tenía respuestas aún. Era pronto para saberlo, pero los responsables del caso sospechaban que el asesino seguía en la zona y que el caso de Ruby y el de la turista no era algo aislado. El asesino, volvería a actuar... estaban tratando de dar caza por primera vez en Dingle, a un asesino en serie con un mismo patrón.



(INVIERNO)

Los días pasaron. Lentos, sosegados y en ocasiones, angustiosos. Como de costumbre, el sol no se dejaba ver en Dingle y mucho menos en la zona alta del acantilado. Los nubarrones y las tormentas eran constantes y diarias. Amy pasaba horas encerrada en el estudio escribiendo su novela, que avanzaba con éxito. Las vistas desde la ventana la inspiraban, las musas no la abandonaban y cada vez se sentía más a gusto con la historia que contaba a través de sus palabras. Seguía escribiendo artículos para el periódico, algo que le aseguraba

cobrar cada mes su nómina para cubrir gastos. Steve, trató de convencerla sin éxito, para que escribiera sobre los dos asesinatos acontecidos en el pueblo, que ya habían recorrido medio mundo y eran otros los redactores que escribían sobre el peliagudo asunto. Amy siempre decía que no. Era demasiado doloroso y Steve, a regañadientes, aceptaba la negativa aunque no por ello dejaría de insistir. A Steve le fascinó el artículo sobre la exposición de arte de Paul Geller en Dingle, el pueblo natal del artista. Aunque Amy no lo supiera, era bastante conocido en Londres y así se lo expresó en uno de los últimos correos electrónicos que le mandó a su redactora predilecta.

Querida Amy,

Fascinante el artículo sobre la exposición de Paul Geller. Personalmente, me fascina su obra y sé por experiencia, que es difícil conseguir unas palabras de él. Un tipo duro de roer. Es de esos locos artistas a los que no les gusta la popularidad pero vende muy bien y el artículo ha sido todo un éxito entre los lectores y admiradores de su obra. Así pues, una vez más te felicito. Ten cuidado por Dingle, la cosa pinta fea.

Un abrazo desde Londres.

Steve B.

P.D: ¿Qué tal el tiempo en Irlanda? Aquí, como siempre... llueve.

Paul iba y venía. Por las noches, seguía durmiendo en la habitación de invitados de *Butterfly*. No quería dejar a Amy sola, lo cierto es que aunque no quería mostrarlo, él también tenía miedo. Miedo de que algo le ocurriera en la oscuridad de la noche a Amy. En la soledad de esas cuatro paredes, aisladas del mundo. Amy no decía nada y aunque seguía con sus maniáticas costumbres, no podía imaginar que por la noche, Paul no estuviera en la habitación de al lado.

Las labores de investigación por los dos asesinatos, continuaban avanzando sin éxito. Se buscaba justicia por Ruby, que ya yacía bajo tierra y por la turista cuyo cuerpo habían repatriado a su Florencia natal. Los habitantes de Dingle también tenían miedo y el agente Samuel Mhic, en constante contacto con Paul, parecía desesperado.

-Es como si esas violaciones y muertes se hubieran provocado solas, Paul. Es desesperante... -le explicó Samuel, en el pub de Murphy's. Paul miraba hacia la silla en la que por última vez, habló con

Ruby. Se arrepintió de no haberla escuchado por estar pendiente de la borrachera de Amy.

-¿Sigue sin haber pistas?

¿Ni una sola huella? ¿Algo? –preguntó Paul, dándole un sorbo a su cerveza.

-Nada. No hay nada, Paul.

Y lo peor de todo es que presentimos que volverá a actuar. Han pasado dos semanas y tenemos que estar prevenidos... creo que está esperando a que bajemos la guardia. –explicó Samuel tristemente.

-Que duro, Samuel. Imagino como te sientes.

-Totalmente frustrado, Paul. Acostumbrado a poner multas por exceso de velocidad o mal

estacionamiento... ayudar a ancianos a llevar sus compras a casa o a cruzar un semáforo en verde y de repente esto... Dos asesinatos. Y Ruby... cuanto la queríamos.

-Era una chica increíble. –
sonrió Paul pensativo.

-¿Y qué tal con Amy?
¿Duermes cada noche allí?

-Sí...

-¿Hay algo entre los dos?

-No, nada. Es algo rara, ¿sabes? Duermo en la habitación de invitados y antes de ir a dormir, hace cosas extrañas. Por ejemplo... pasa mucho rato en el cuarto de baño con el grifo abierto. Y antes de acostarse, enciende y apaga el interruptor de la luz

nueve veces. Las conté la otra noche. Tiene un pasado, como todos... algo difícil. No quiero forzar nada. – respondió Paul con sinceridad.

-Bueno, pero si surge... es muy guapa.

-Sí, lo es. Pero no creo que sienta nada por mí.

-Inténtalo. No pierdes nada... siempre has sido un rompecorazones. –rió Samuel, a quien le convenía hablar de otro tema de conversación que no tuviera que ver con muertes o trágicos accidentes.

Paul no rió. Pensativo, rumió la manera en la que podía acercarse a Amy sin asustarla.

Permitiéndole elegir libremente. Lo cierto, es que sin apenas darse cuenta, estaba empezando a sentir algo por la mujer de pocas palabras... sentimientos que no había vuelto a tener desde Abbey. Pero Abbey estaba muerta, y aunque hacía tiempo que lo había superado, debía dejarla ir del todo. A lo largo de todos esos años, eran incontables las mujeres que habían pasado por su cama. Pero ninguna le había dejado huella. Ni siquiera recordaba el nombre de la mayoría. Amy era diferente y tal y como le respondió una vez a modo de pregunta, no pensaba incluirla en su colección.

En casa, Amy terminaba el

sexto capítulo de su novela y estaba a punto de ponerse a escribir otro artículo, cuando escuchó el ruido de unos pasos procedentes de la cocina. Encendió un cigarrillo y sigilosamente, salió del estudio mirando con atención cada rincón de la casa.

-¿Paul? ¿Paul, eres tú? – preguntó.

Las piernas le temblaban. Un escalofrío repentino se apoderó de su ser y en su mente resonaban como ecos de ultratumba, las palabras de Tom... *“Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la salida”*... Fue hasta la cocina, donde había escuchado los

pasos, pero no había nadie. Subió al piso de arriba y estaba vacío. Seguía escuchando pasos pero solo estaba ella en la casa. ¿Se estaba volviendo loca? Alguien tocó su hombro. Amy se dio la vuelta pero seguía sin ver a nadie. Respiró hondo y con un nudo en la garganta, salió al porche a respirar aire puro. Contempló las vistas y siguió fumando sin querer volver a entrar en casa. Al menos, no hasta que llegara Paul. Cerró los ojos y vio a Tom... mirándola. Sonriente. Esperándola en un lugar blanco y luminoso, donde él no sufría las terribles visiones que amargarón su existencia cuando vivía.

-Tom... Tom, ¿estás aquí? –

preguntó Amy.

Tom no habló, pero negó con la cabeza y le advirtió que se quedara en silencio. Amy volvió a abrir los ojos y decidió bajar a la playa a dar un paseo. El mar, revoltoso como siempre, mojaba los pies descalzos de Amy que decidió sentarse a contemplar el atardecer. Hacía mucho frío y los nubarrones como siempre, apenas dejaban que se vislumbraran los colores mágicos del atardecer. El sol, oculto en el cielo gris, pronto daría paso a una luna misteriosa que con un poco de suerte, se reflejaría en el mar bravo. Amy miró hacia las ruinas, que a lo largo de esos días no había tenido

visitas a causa de los dos asesinatos en Dingle. Luego, fijó su mirada en la cueva. Una cueva lejana que la atraía misteriosamente. Quizá fueron sus ojos los que le jugaron una mala pasada, al ver una luz intermitente en el interior de la cueva. De nuevo, escalofríos. De nuevo, los fantasmas revoloteando por su mente, impidiéndole llevar una vida normal.

-Hola Amy. –saludó Paul, sentándose junto a ella. -¿No tienes frío? –preguntó rodeándola con sus brazos. Amy se acurrucó, lo que provocó en Paul un sentimiento indescriptible de felicidad.

-No quería estar en casa. –

contestó Amy temblando.

-¿Estás bien?

-Ahora que estás tú, sí. –
respondió Amy, mirándolo fijamente con ternura.

¿Era el momento? Paul se imaginó a si mismo acariciando dulcemente el rostro de Amy. A continuación, la acercaría a él para besar sus labios. Unos labios que llevaban doce años solitarios y amargos sin probar el calor de unos besos... ¿Estaba Amy preparada? Pero el pintor no se atrevió a dar el paso. Cuando Amy volvió a fijar su mirada en el mar, Paul miró disimuladamente hacia el cielo e instintivamente por el frío o por la

bonita estampa, apretó su cuerpo contra el de ella.



-Paul... –empezó a decir Amy en la cocina, mientras lavaba la lechuga.

-Dime.

-¿Es un incordio para ti dormir cada noche aquí?

-No, para nada.

-Lo digo porque... no sé...

-¿No sabes qué? –preguntó Paul pícaramente, acercándose a Amy.

-Que... bueno... –balbuceó Amy pensativa. –A lo mejor te espera alguna

mujer en Dingle o...

-No me espera nadie, Amy. –
aclaró Paul interrumpiéndola.

-Pero es un poco raro ¿verdad?

-Amy... nos vamos conociendo.

¿Qué pasa? ¿Quieres que me vaya?

-No, no... no quiero estar sola.
De verdad que no. –hacía tan solo un
mes, Amy jamás hubiera dicho algo así.
Ahora no podía concebir esa casa sin
Paul. Sin compañía... sin su compañía.

-Mañana es viernes. ¿Quieres
que salgamos? Podemos ir al pub de
Murphy's. O a otro, si te apetece.

Amy pensó en la joven Ruby. En
su sonrisa y en su vital mirada. En la
última vez que la vio en el pub de

Murphy's, hablando alegremente con Paul. No llegó a conocerla mucho, pero pensó que tal vez Ruby hubiera dicho algo así como... “¡Ey, Amy! ¡Sal! ¡Diviértete! La vida está para eso, para pasarlo bien. Disfruta cada día al máximo, porque nunca sabes cuando va a ser el último. Y si no... dímelo a mí...”

-Sí, salgamos. –respondió Amy con una amplia sonrisa.

Los nueve *click* del interruptor de la habitación de Amy, sonaron como cada noche. Paul, a quien le costaba conciliar el sueño, volvió a contarlos, preguntándose porque Amy hacía eso antes de tumbarse en la cama.

Amy, desde su habitación, tampoco podía dormir y de nuevo... pasos. Pasos lentos pero seguros. Escalofríos. Un angustioso nudo en la garganta que la oprimía y la dejaba apenas sin respiración. Amy, asustada, se levantó de la cama. Seguía escuchando pasos... cada vez más cerca. Aproximándose a su habitación. La puerta se abrió. Solo un poco. Pero no había nadie tras ella. De repente, la cortina pareció moverse y no podía ser una corriente de aire porque todas las ventanas estaban cerradas.

-¿Tom? -preguntó Amy
atemorizada.

Seguía sintiendo una mirada inexistente. La sensación de que alguien a quien no podía ver, le daba un toquecito en el hombro, fue lo que provocó que Amy saliera y a hurtadillas, se plantara frente a la habitación de invitados en la que se encontraba Paul. Dudó durante unos segundos, paseando con intranquilidad por el largo pasillo... hasta que decidió entrar. Paul, que aún no dormía, la miró confuso en la oscuridad del dormitorio.

-¿Puedo dormir contigo esta noche? –preguntó Amy tímidamente.

-Claro. Ven aquí. –respondió Paul, haciéndole un hueco en el lado derecho de la cama.

Amy se tumbó junto a Paul. Ambos se miraron y no pudieron evitar reír.

-Aquí no va a pasar nada. – aclaró Amy.

-¿Puedo abrazarte al menos? –se atrevió a preguntar Paul. Amy dudó un momento. Hacía mucho, mucho tiempo que no dormía con nadie... que nadie la abrazaba. Pero en esos momentos era lo que más deseaba.

-Sí.

Paul abrazó dulcemente a Amy, que desprendía un aroma dulce y delicado. Amy se sintió bien... a gusto y

protegida. El miedo ante lo que había acabado de vivir en su dormitorio había desaparecido. Notar el aliento de Paul sobre su nuca, le provocó una excitación que había olvidado, después de tanto tiempo sin sentir otra piel rozar la suya. Al igual que Paul, Amy también se esforzó por no darse la vuelta y besar sus labios. Hubiera hecho el amor con él. Hubiera sido perfecto. Pero cerró los ojos y volvió a ver a Tom... sabía que tenía una cita con el pasado, aunque fuera estando entre los brazos de otro hombre.

-Ya era hora, Amy. -le dijo Tom, desde lo alto de una montaña. Un nuevo escenario onírico que Amy no

había conocido hasta ese momento. Amy, desde abajo, podía escucharlo como si le hablara al oído.

-¿No te molesta? –preguntó Amy confusa.

-No. Quiero que seas feliz. Y él te hace feliz. Con él estás a salvo, Amy... Con él estás a salvo, Amy... Con él estás a salvo, Amy...

Amy tuvo que taparse los oídos. La montaña se derrumbó y Tom volvió a entrar en bucle. A las ocho de la mañana, las incesantes gotas de lluvia despertaron a Amy y a Paul, que habían dormido profundamente en la misma posición durante toda la noche. Juntos, muy juntos. Paul se desperezó y mirando

de reojo a Amy, se levantó de la cama. Era preciosa.

-¿Has dormido bien? –preguntó Paul.

-Sí, muy bien. –respondió Amy sonriendo y tapándose con el edredón, tratando de olvidar el rostro de Tom en sus sueños, para centrarse en el hombre que tenía delante.

Con disimulo, Amy contempló a Paul. Su torso desnudo era fuerte, bien definido e intimidante. Con la mirada perdida en la espalda de Paul, se percató que llevaba un tatuaje. Una A. De Abbey. Y debajo, una fecha en números romanos.

Su cabello castaño despeinado, le pareció encantador y se hubiera perdido durante horas en esos ojos color miel adormilados... La tez bronceada de Paul, marcaba sus atractivas arrugas de expresión. Por esas risas y lágrimas que había experimentado a lo largo de sus intensos treinta y ocho años.

-¿Tengo algo en la cara? – preguntó Paul riendo.

-¿Qué? No, no...

Amy se levantó apresuradamente de la cama y fue corriendo hasta su dormitorio a cambiarse. Recordó la primera vez que Tom la besó. Fue mientras se columpiaban en un parque al

atardecer. Tom se levantó precipitadamente, y de sopetón, le plantó un delicioso y apasionado beso. Tenían diecinueve años. A partir de ese momento, iniciaron una relación diferente a la que tenían hasta entonces. Y resultó ser extraordinaria. Ya no eran solamente amigos, eran algo más. Había amor. Pasión. Deseo. A pesar de todos los problemas por culpa del tormentoso don de Tom. Con Tom había siempre dificultades, piedras en el camino, malos ratos... muy malos ratos... y sin embargo, todo fue siempre fácil... a lo mejor con el tiempo todo se vuelve más complicado. Cuando te acercas a los cuarenta, te exiges más a ti mismo y a la persona que tienes al lado. Aunque Paul

pareciera ser el hombre perfecto... sin terribles visiones que afectarían a su vida o un don que entorpeciera su camino. Sin problemas. Sin dificultades. Paul también era un hombre extraordinario, igual que Tom... pero en otro sentido. Era humano, mientras que Tom, parecía proceder de otro mundo. A Amy le gustaba como la miraba. Como le sonreía... como se le marcaban los hoyuelos al reír. Paul había entrado en su vida de repente, sin que ella lo esperara. Y ella, lo había permitido después de tanto tiempo atrapada en sus miedos y dudas.

Paul ya estaba en la cocina preparando café, cuando Amy bajó

vestida con unos vaqueros desgastados y una ancha camisa de rallas azul celeste.

-Sal al porche si quieres, a fumar tu cigarrillo. Te llevo el café. –dijo Paul servicial y amable.

-Gracias, Paul.

Al poco rato, Paul se sentó al lado de Amy y le ofreció su taza de café.

-Coco Chanel decía... –empezó a decir Paul, dándole un sorbo a su café. – La felicidad también consiste en lo que dejas ir, por tu propio bien.

-¿A qué viene eso, Paul?

-Nada, pensamientos mañaneros... –rió Paul. Pero tenía

sentido para él, que había decidido ser feliz dejando ir una parte muy dolorosa de su pasado. Dejando ir de una vez por todas a Abbey. Del todo... Sin sentirse culpable.

-Has puesto mi vida patas arriba, ¿lo sabías? –Paul la miró sorprendido ante esas inesperadas palabras. –Soy una persona rarita... con manías, costumbres y una rutina muy marcada. Al menos así era mi vida en Londres. Sabía que aquí mis hábitos cambiarían pero no logro acostumbrarme.

-No te pillo...

-En Londres, subía y bajaba rápidamente las escaleras de mi edificio para no encontrarme con ningún vecino. No quería saber nada de nadie. No

quería tener contacto con nadie... incluso me alejé de mi propia madre. Mi vida social era nula y porque en el trabajo no me quedaba otro remedio que ver a gente que si no... aún así los esquivaba siempre. Y ahora... –Amy hizo una pausa y sonrió. –No me acostumbro a no estar sola, Paul. Pero a la vez, no me imagino sin ti. –respondió Amy, mirándolo intensamente a los ojos. Paul asintió sonriendo, pero no dijo nada al respecto. Prefería esperar... esperar a que llegara el momento adecuado. Esa espera pareció decepcionar un poco a Amy, que con disimulo, le dio un sorbo a su café y una calada a su cigarrillo contemplando el paisaje.

–Entonces, ¿esta noche salimos?

Aunque llueva... –dijo Paul, cambiando de tema.

-¿Y cuando no llueve aquí? – preguntó Amy riendo. -¿Se sabe algo sobre...?

-Los asesinatos. –interrumpió Paul. -No. –negó tristemente.



Amy y Paul se dejaron ver juntos por las calles de Dingle. Los habitantes los miraban extrañados y antes de entrar a cenar en la marisquería *Out of the*

Blue, situada frente al puerto, el viejo Rowan Cárthaigh, detuvo a la pareja de manera violenta. Sus pequeños ojos azules parecían estar poseídos por el mismísimo demonio.

-Tú. -dijo señalando a Amy con rabia. -Tú eres la culpable. Has traído desgracias al pueblo, ¡estás embrujada! -gritó, ante la atenta mirada de todos los transeúntes.

-Rowan, venga... vuelva a casa. -le recomendó Paul amigablemente.

-¡No! Paul, no te acerques a ella. Es una bruja, está maldita. ¡Está maldita! -siguió gritando el hombre enfurecido, sin apartar la vista de una Amy asustada y a punto de llorar.

-¡Papá! –exclamó una mujer de unos cincuenta años, acercándose apresuradamente hasta donde se encontraba el anciano. –Lo siento mucho... Papá, ¿qué dices? Venga, vamos a casa... De verdad que lo siento. –se disculpó la mujer, llevándose consigo a Rowan, que no podía caminar bien sin la ayuda de su bastón.

Amy, aún perpleja por lo ocurrido, tenía la mirada fija en el anciano, que se alejaba junto a su hija gritando y negando enérgicamente con la cabeza. Decaída, no pudo reprimir más las lágrimas y Paul, ante la evidente tristeza de Amy, la abrazó.

-Venga, Amy... Rowan padece demencia senil. No sabe lo que dice. –la alentó Paul.

-¿Y si tiene razón?

-¿Qué? ¿Cómo va a tener razón?

No tienes la culpa de nada. Venga, olvídale. Vamos a pasarlo bien, te encantará el marisco de *Out of the Blue*.

Amy asintió, y entraron a disfrutar de una agradable cena, acompañada de una como siempre interesante conversación. Al llegar al pub de Murphy's, las miradas extrañas no cesaron. Al igual que el viejo Rowan, la gente miraba con desconfianza a Amy. Como si ella fuera la culpable de los dos asesinatos que

ocurrieron en Dingle hacía pocas semanas. Nadie se acercaba a ella y aunque Paul no lo quisiera ver en un primer momento, tuvo que reconocer que el comportamiento de sus amigos no era el habitual.

-Venga, ¿qué os pasa? Es una mujer increíble. –les dijo Paul, aprovechando que Amy había ido a la barra a pedir una cerveza.

-¿Increíble? Dirás rarita. –se sinceró April, la mujer del agente Samuel, que asintió lentamente con la cabeza.

-Es raro, Paul. En Dingle nunca ha pasado nada. Llega ella y Ruby y esa turista aparecen muertas en el río. –dijo

Karl, el mecánico más solicitado del pueblo.

-Ha sido solo casualidad. –trató de defenderla Paul. –Una trágica casualidad. Tratadla con normalidad ¿vale?

Aunque los amigos de Paul asintieron, no le dirigieron la palabra a Amy en toda la noche. Amy decidió ir a su aire y distanciarse un poco de Paul, para no causarle problemas con sus amigos. Bebió y bebió hasta acabar de nuevo en medio de la pista del pub, bailando sin tener el control de su cuerpo. A las doce de la noche, Paul se acercó a ella y de nuevo, espantó a un par de hombres que se acercaban con

disimulo a la bella mujer ebria que bailaba descontroladamente.

-Vámonos a casa. –le dijo Paul, cogiéndola por la cintura como la primera noche en la que durmió en la casa *Butterfly*.

Paul entró en casa con Amy en brazos profundamente dormida. La acostó en su cama y se fue a dormir a la habitación de invitados. Pero minutos más tarde, Amy abrió la puerta y se acostó con él. Sin decir nada. Paul la abrazó. Amy, aún consternada por los efectos del alcohol sonrió y se quedó dormida plácidamente... esa noche, soñó con Paul. Con los besos que aún no le

había dado. Con las manos que tan bien conocía y con los abrazos que tanto la reconfortaban.



CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, el pueblo de Dingle volvía a despertar con malas noticias. Un tercer cuerpo había aparecido en el río. Se trataba de Mary Larson, una joven de veinticinco años que la noche del sábado había decidido salir a dar una vuelta con sus amigos por el pueblo. Al contrario que Ruby, a Mary le gustaba beber, pero esa noche no lo había hecho. Se despidió de sus amigos diciéndoles que se iba a casa. Pero nunca entró por la puerta. A diferencia de los otros cadáveres, a Mary le habían amputado la mano izquierda, sus ojos estaban amoratados y

no había signos de violación. De nuevo, buscaron pistas, huellas dactilares o algún cabello que pudiera esclarecer los hechos y dar con el culpable. Pero nada. Como si las víctimas no hubieran puesto impedimento en ser agredidas. Como si no hubieran luchado por sobrevivir. Como si el asesino fuera invisible y no dejara rastro.

Paul y Amy se despertaron esa mañana en la misma cama. De nuevo, Amy tenía un tremendo dolor de cabeza y mareos debido a la borrachera de la noche anterior, que la hizo permanecer más tiempo de lo habitual tumbada. Mientras tanto, Paul bajó a la cocina a preparar el desayuno. En su

teléfono móvil tenía varios mensajes del agente Samuel, que le informaba de lo sucedido. Mary era conocida en el pueblo al igual que sus padres y sus dos hermanos cinco años menores que la fallecida. Con el corazón encogido, Paul despertó a Amy dándole la mala noticia. Aunque ella no conociera a Mary ni a su entorno, las palabras de Paul diciéndole que otro cadáver había aparecido en el río, se clavaron como un puñal en el corazón. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Por qué desde que había llegado ella? ¿Tenía algo que ver?

-¿Qué edad tenía? – preguntó Amy, aún somnolienta y con resaca.

-Veinticinco. Como todas.

-Tom tenía veinticinco años cuando murió. –le contó Amy pensativa.

-¿Crees que puede tener algo que ver?

Amy se encogió de hombros temiendo que sí. Que era posible que la muerte de Tom tuviera algo que ver con esas chicas. Y le dolía en el alma que así fuera porque aquel viejo que arremetió contra ella la noche anterior, podía estar en lo cierto. Se estremeció solo con pensarlo.

-Paul, ya no hace falta que te quedes aquí. –dijo Amy de repente.

-¿Quieres que me vaya?

-Sí. Hace tiempo que dejé de tener veinticinco años... No creo que el asesino venga a por mí. –respondió Amy con decisión y cierta nostalgia en su mirada.

Paul asintió. Tal vez era lo mejor. Volver a hacer su vida en Dingle, volver a centrarse en sus cuadros e ir a *Butterfly* solo de visita. Sus amigos tenían razón. Amy era una mujer extraña. Solitaria aunque hubiera hecho una excepción con él durante las últimas semanas.

-¿Estarás bien? –preguntó Paul indeciso.

-Creo que sí.

Amy se levantó sin decir nada más. Se fue hasta su dormitorio y no salió hasta que Paul cogió sus pertenencias y se fue a Dingle. Probablemente se echarían de menos. Probablemente era eso lo que necesitaban.

A Amy, *Butterfly* le parecía muy grande sin la presencia de Paul. A la media hora de notar su ausencia, ya lo echaba de menos. Pero manteniéndose firme en su decisión, se encerró en su estudio con una cajetilla de cigarros y una taza de café y siguió trabajando en su novela. Las horas pasaron rápido, se le olvidó comer y ni siquiera se dio

cuenta del momento en el que se había hecho de noche. Cuando miró el reloj, eran ya las siete de la tarde y el estómago empezó a rugir ferozmente. Se dirigió hasta la cocina y preparó un sándwich. De nuevo, escuchó unos pasos procedentes del piso de arriba. Miró por la ventana. No era Paul, su coche no estaba allí. Y no estaba loca, sus oídos no la estaban engañando. Alguien paseaba rápidamente por el pasillo. Sintió miedo, escalofríos... sin atreverse a subir, salió al porche. Oscuridad. Una noche más, ni siquiera la luna se dejó ver reflejada en el mar. Volvió a entrar en casa y con decisión, subió al piso de arriba encendiendo todas las luces. No había nadie y los

pasos cesaron. De nuevo, alguien tocó su hombro.

-¿Qué está pasando aquí? – preguntó, maldiciendo el momento en el que había abandonado su seguro apartamento de Londres, para vivir en una casa solitaria en un acantilado de Irlanda. –Tom, ¿eres tú?

No obtuvo respuesta. Una corriente de aire inundó el pasillo sin que tuviera sentido. Las ventanas estaban cerradas. Amy se estremeció, volviendo a bajar las escaleras y encerrándose en el estudio. El único lugar de la casa en el que se sentía segura.

-No quiero estar sola... no quiero estar sola... –repitió, llevándose las manos a la cabeza y frotando enérgicamente sus ojos cansados, por haber estado todo el día con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Decidió encender por primera vez *Skype* y hablar con alguien. Inició una comunicación con Steve, que amablemente respondió a su vídeo llamada.

-¡Amy! –saludó sonriente y con el cabello más despeinado de lo habitual. -¿Cómo va por Irlanda? ¿Estás bien? –preguntó al ver que Amy estaba

blanca como la pared y sus ojos enrojecidos mostraban pánico por lo que acababa de vivir.

-Sí, sí... nada, solo quería preguntarte que... el artículo sobre perros y gatos. Ehh... ¿Quieres que incorporemos otro tipo de mascotas? Por ejemplo... ¿Periquitos?

-¿Periquitos? –rió Steve. –
Escribe lo que quieras, Amy.

-Vale...

-¿Algo más? Estoy con los niños y es una locura.

-No, no... perdona por las horas, yo...

-¿Seguro que estás bien?

Amy asintió, forzando una

media sonrisa y cerró la comunicación. Se entretuvo un rato escribiendo sobre perros, gatos y todo tipo de mascotas, hasta que volvió a escuchar pasos. Se quedó paralizada. Tragó saliva y encendió con nerviosismo un cigarro. Esta vez, los pasos no eran rápidos, sino más bien sigilosos. Pausados... misteriosos. A Amy se le erizó la piel y decidió que lo mejor era salir de allí. Tenía un mal presentimiento y una sensación horrible de que alguien a quien ella no podía ver, la observaba en todo momento. Ya en el exterior, ni siquiera las luces del interior de la casa la ayudaron a ubicarse para llegar hasta su coche. Seguía escuchando los pasos. Iban tras ella. Cada vez más rápidos...

cada vez más cerca. Corrió asustada, sin saber a lo que realmente se estaba enfrentando, hasta que tropezó con una piedra que no vio y cayó al suelo, dándose un fuerte golpe en la cabeza. Amy quedó inconsciente en la penumbra de la noche y la soledad del acantilado. Los pasos se detuvieron junto a ella y a lo lejos, una luz intermitente se veía desde la cueva por la que Amy sintió curiosidad desde la primera vez que reparó en ella...



Paul pasó el día absorto en sus pinturas. Tratando de olvidar a Amy. No quería pensar en ella. Sus amigos tenían razón, era una mujer extraña... no le convenía, solo le traería problemas. Pero entonces... ¿Por qué no podía quitársela de la cabeza? Él no creía que ella estuviera embrujada o que los asesinatos sucedidos desde que Amy llegó al pueblo fueran culpa suya. Habladurías... solo eran eso. Habladurías típicas de un pueblo pequeño y en esos momentos, muy asustado por todo lo ocurrido. Paul no creía en esas cosas. Ni en brujería, fantasmas, hechizos... solo en que había un maldito hijo de puta de carne y hueso

suelto, y que podía volver a actuar en cualquier momento. El agente Samuel y todo su equipo seguían trabajando diariamente en la investigación, aunque estuvieran desanimados al no tener ni una sola pista. Ni una sola prueba. Al no tener absolutamente nada. Sin embargo, advirtieron que las jóvenes, especialmente las de veinticinco años, no salieran solas por Dingle hasta que todo se solucionase y encontraran al asesino. Un asesino sin piedad.

Agotado, Paul miró el teléfono por si Amy lo había llamado o le había mandado algún mensaje durante el día. Nada. Eran las nueve de la noche... la imaginaba en el porche, con

sus cigarrillos y su té nocturno, contemplando la oscuridad en su preciada soledad. Decidió llamarla para asegurarse de que estaba bien. Al tercer tono, Paul escuchó al otro lado de la línea telefónica una fuerte respiración. Jadeos. Palabras susurrantes que no pudo entender... y de repente, se cortó la comunicación. Paul frunció el ceño y volvió a llamarla, pero esta vez, Amy no cogió el teléfono. Tuvo un mal presentimiento. Una corazonada. Rápidamente, cogió el coche y fue hasta *Butterfly* para asegurarse que Amy no estaba en peligro y que el extraño suceso con el teléfono, solo había sido un error de línea o algo por el estilo.



-Tom... has venido a buscarme... –susurró Amy, en las profundidades del mar. Abrazados, desnudos, piel con piel... se besaban apasionadamente. No había temor. No sentían el frío. Solo el calor de sus cuerpos y el amor del pasado.

-Shhh... no digas nada. –le dijo Tom, cerrando los ojos. -Estás dentro de un sueño. Sé paciente, Amy... sé paciente, Amy... sé paciente, Amy...

Tom entró en bucle,

hundiéndose bajo el agua y dejando a Amy en la soledad de un mar en calma que empezó de repente, a embravecerse y a desatar su furia. Amy luchó contra las altas olas, pero eran demasiado poderosas para un ser pequeño e insignificante como ella. De repente, multitud de mariposas rojas vinieron a buscarla y sin saber como, Amy se encontró flotando sobre el cielo sin que el mar, teñido de multitud de colores de repente, fuera ya un peligro para ella.



Amy despertó en su cama,

confusa y desorientada con un fuerte dolor de cabeza que en esa ocasión, no era culpa del alcohol. A su lado, Paul le sonreía amistosamente.

-¿Qué ha pasado? –preguntó

Amy.

-Te has dado un buen golpe. Te llamé anoche y pasó algo raro con el teléfono... supe que algo iba mal y te encontré tirada en el suelo con la cabeza ensangrentada e inconsciente.

-Creo que me caí... –respondió Amy sin querer explicarle a Paul la verdad. No quería que pensara que era una loca que había sufrido alucinaciones, posiblemente por la sugestión de estar encerrada en una casa

solitaria en medio de un acantilado, donde la noche era oscura y a menudo el paisaje resultaba lúgubre y terrorífico. - ¿Me llamaste?

-Sí... pero no fue agradable lo que escuché. Susurros extraños, jadeos... -explicó Paul frunciendo el ceño y queriendo olvidar esa espantosa VOZ.

-Pero es imposible que te cogiera el teléfono, Paul. Me lo dejé en el salón.

-A lo mejor me equivoqué. -dijo Paul restándole importancia. - ¿Quieres que me quede?

-¿Quieres quedarte?

Paul asintió sonriendo. Amy

puso los ojos en blanco y rió tocándose la cabeza.

-Duele...

-Lo sé. –dijo Paul tocándole con cuidado la cabeza. -¿Te mareas? ¿Ves bien?

-Estoy bien.

-¿Qué hacías? ¿A dónde ibas? –quiso saber Paul.

-No sé, Paul...

-No quieres responder.

-No.

-Para que no piense que estás loca. –asintió Paul, mirándola fijamente a los ojos.

-Puede ser.

-Vale. –rió. –Me voy a

dormir a la habitación de invitados. –
dijo levantándose y guiñándole un ojo.

-Paul.

-Dime Amy. –dijo Paul
desde la puerta, a punto de salir.

-¿Por qué no duermes
conmigo?

Paul se tumbó junto a Amy,
que esta vez no le dio la espalda para
que la abrazara. Se miraron fijamente y
sonrieron. Amy, con la mano temblorosa
y su mente nublada por las dudas,
acarició el rostro de Paul. Áspero
debido a su barba, pero agradable al
tacto. Familiar y cercano, desprendía un
calor muy atrayente. Paul se dejó llevar.
Se acercó pausadamente a Amy e hizo lo

que deseaba desde el primer momento en el que la vio. Besar sus labios. Fue un beso dulce, lento... más propio de una pareja que se conocen desde hace años que de un primer beso. Se acariciaron. Se acercaron más. Y más. Los besos dejaron de ser dulces y lentos. Se volvieron apasionados, deseosos por seguir conociéndose. Descubriéndose. En el momento en el que la mano de Paul acarició la entrepierna de Amy, ella, confusa, lo detuvo.

-No, Paul... hoy no. –dijo Amy frunciendo el ceño.

Paul aceptó su decisión y continuó besándola y acariciándola con

mucho mimo y cuidado. No necesitaba nada más. Amy volvía a sentirse viva. Demasiados años sin besos. Sin esos besos que ojalá, hubiera conocido antes... mucho antes.



Tres semanas más tarde, Paul hizo las maletas y se fue a Berlín, donde sus obras eran muy demandadas. Se quedaría cinco días, ya que tenía un par de importantes exposiciones. Una en la Galería Michael Haas y la otra en el

prestigioso espacio artístico
Kreuzberg/Bethanien. Se despidió de
Amy en el porche algo preocupado.

-Te llamaré cada día ¿vale?
No me des ningún susto, por favor. –le
advirtió dándole un beso. Esos besos
que se habían convertido en una
adicción.

-Que pena que te vayas... –
se lamentó Amy.

-Que pena que tú no hayas
querido venir... –repuso Paul.

-Tengo artículos
pendientes... Encima que me han hecho
el favor de seguir trabajando en el
periódico desde aquí, no les puedo dejar
colgados.

-Bueno, solo serán cinco días. No tendrás tiempo de echarme de menos.

-Pero te echaré de menos. — le dijo Amy, mostrándose encantadora.

-Y yo a ti. —respondió Paul abrazándola.

Dingle no había vuelto a ser noticia por más desafortunados crímenes. Sus habitantes parecían querer volver a la normalidad y al fin, Steve dejó de incordiar a Amy para que escribiera un artículo para el periódico sobre los tres asesinatos en serie. Amy no había vuelto a escuchar pasos en *Butterfly*. Tampoco había tenido tiempo gracias a Paul, que había estado con ella

las veinticuatro horas del día desde aquella desafortunada e incomprensible caída.

El día en el que Paul se fue a Berlín, Amy trató de mantenerse ocupada para no pensar demasiado en su ausencia. Escribió durante horas, paseó por la playa y se sentó en el porche a disfrutar de sus cigarrillos, sus cafés y su soledad. Al caer la noche, volvió a aparecer el miedo. El miedo a volver a escuchar pasos. El terror de que una mano invisible tocara su hombro. La espeluznante corriente de aire. Encendió el televisor y puso el volumen muy alto para así no enterarse de nada. Pero aún así, sentía que alguien la vigilaba. No

era la misma sensación que tenía en Londres, cuando aquel hombre de carne y hueso que resultó ser el señor Tanner, la vigilaba desde la calle. Le preocupaba la paranoia que le provocaba el no poder ver ese otro lado del que Tom hablaba a veces. Sin ningún interés por lo que emitían en televisión, cerró los ojos. Tom volvía a hablar del mundo invisible, que los vivos no alcanzamos a ver.

-Yo lo he visto, Amy. Y hay más penas que alegrías. No te puedes ni imaginar la cantidad de almas perdidas y confusas que hay al otro lado...

-¿Qué lado, Tom?

-El lado de los invisibles.

El de los muertos. La otra dimensión. Ellos desde ese lado nos pueden ver, pero nosotros a ellos no. A veces, con un poco de suerte podemos sentirlos... y ellos nos pueden tocar. Advertir de algo. Dar alguna señal. Pero cuidado... porque no todos son buenos, Amy. Algunos son capaces de hacer mucho daño.

-¿Por qué se quedan atrapados?

-Depende. Algunos no saben que han muerto, están perdidos. Otros tienen asuntos pendientes, la mayoría... sobre todo los que murieron siendo jóvenes. Y muchos están enfadados. Furiosos por no haber subido de nivel y tener que conformarse con vagar durante años o tal vez siglos, por

esa dimensión. Pero también están los espíritus protectores, a los que les es más fácil protegernos desde ese lado más cercano a los que siguen vivos, que otras dimensiones más avanzadas.

-¿Y cómo es? –preguntaba Amy sin llegar a creérselo del todo.

-No lo sé, nunca he estado. –reía Tom.

-Pero la conoces.

-La he visto. Pero superficialmente.

-¿Por qué tú puedes verla?

Tom no tenía respuesta para esa pregunta. ¿Por qué él podía ver cosas que el resto de personas no? ¿Por qué terroríficas visiones lo acechaban a

él y no a otra persona?

Amy abrió los ojos y miró hacia la cocina. La cortina se movió. Solo un poco, pero lo suficiente para hacer saber a Amy, que había alguien desde la otra dimensión que quería contactar con ella.

-Dime que quieres. –dijo Amy, tratando de mostrarse tranquila y confiada.

Un paso. Dos pasos. Tres. Amy esperó unos minutos antes de continuar hablando. Pero de repente, la sensación de que alguien a quien no podía ver la observaba, desapareció.

Como por arte de magia. Y se sintió bien y segura en el interior de las cuatro paredes de *Butterfly* al fin.

Antes de ir a dormir, Amy encendió un cigarrillo, preparó una té verde y salió al porche. Esa noche los nubarrones se habían dado un descanso y la luna llena brillaba poderosa, ofreciéndole al mar un brillo sobrenatural precioso. Amy le dio una calada a su cigarrillo y empezó a jugar con sus dedos distraída. Pensaba en Paul. En sus caricias... en sus besos... pero también en lo culpable que se sentía. ¿Por qué no creía que merecía ser feliz después de doce años? Tom estaba muerto... y por lo que le había

dicho en sueños, se alegraba de verla bien aunque fuera junto a otro hombre. De nuevo, volvió a pensar en como sería Tom a sus treinta y siete años. Una luz intermitente procedente de la lejana cueva, distrajo a Amy de sus pensamientos. Era una luz intensa e inquietante. La llamaba... más que llamarla, reclamaba su atención. Un minuto, dos, tres... a los cinco minutos, la luz se desvaneció y Amy escuchó unos pasos. Procedían de la parte de atrás de la casa y no eran como los de siempre. Esos, parecían pisar con fuerza el césped. Bordeaban *Butterfly* y se acercaban al porche. Pasos seguros, firmes. Amy se levantó de la silla inmediatamente y entró en casa. Cerró la

puerta con llave y al mirar por la ventana del salón, un grito aterrador salió de su boca. No podía creer lo que sus ojos le estaban mostrando, diciéndole que no estaban equivocados. Que lo que estaban viendo era real. Él. Él estaba allí. Y la miraba con una sonrisa, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si la muerte no hubiera existido



CAPÍTULO 8

Cuando Paul llegó a Berlín, ya era de noche. Las calles, muy distintas al pequeño pueblo de Dingle al que Paul estaba acostumbrado, le daban la bienvenida con su aire festivo e informal. Antes de ir al hotel Riu Plaza Berlín donde se alojaba, decidió ir a tomar una cerveza a un bar cercano. Un grupo de atractivas mujeres lo miraron con deseo. Pero Paul, que en otro momento de su vida se hubiera acercado a ellas y seguramente alguna hubiera subido a su habitación del hotel, se limitó a sonreír y a ignorar las señales evidentes de conquista.

Una hora después, ya acomodado en la habitación del hotel, Paul llamó a su prestigioso agente que llegaría a la ciudad al día siguiente procedente de Roma, donde había inaugurado una exposición de otro de sus artistas representados.

-¡Paul! ¿Qué te cuentas? –le preguntó el agente alegremente.

-Ya estoy en Berlín, Anthony.

-¿En Berlín? ¿Qué haces en Berlín? –preguntó Anthony al otro lado de la línea telefónica extrañado.

-¿Estás de broma? Las exposiciones. –respondió Paul confuso.

-¿Exposiciones? Tienes una exposición el mes que viene en Londres pero... ¿en Berlín? En Berlín no, Paul.

-No entiendo nada. Antes de ayer un camión se llevó mis cuadros para exponer en la galería Michael Haas y en Kreuzberg/Bethanien.

-Paul. Me estás preocupando. –dijo Anthony Erickson, que trabajaba con Paul desde hacía quince años. –No hemos acordado nunca esas exposiciones. Hace un año hablamos con la galería Michael Haas pero no llegamos a un acuerdo. Y sobre Kreuzberg/Bethanien, no me consta que nunca nos hayamos puesto en contacto con ellos. –explicó seriamente.

-Pero entonces...

-Han robado tus cuadros, me temo... –suspiró Anthony alarmado, aunque intentando mantener la calma.

-No. Anthony, tú y yo hablamos hace una semana. Me dijiste que estabas en Roma con la exposición de Judy Brown y que vendrías a Berlín para las mías. Que las acordaste hace un mes.

-Paul, hace tres semanas que no hablamos. Y no estoy en Roma, estoy en Londres.

-Es una broma ¿verdad?

-Ya sabes que no bromeo. Y menos con estos temas. No te preocupes Paul. Cuando puedas, vuelve a Irlanda y yo me encargo de los cuadros. A ver si podemos

localizarlos... daré un aviso a la policía o algo. El seguro lo cubre todo.

Paul colgó sin saber que pensar. Lo que menos le preocupaba ahora eran los cuadros, porque todo le parecía extraño e ilógico. Si no había hablado con Anthony... ¿Con quién había hablado? Era su voz, de eso no le cabía la menor duda. Confuso y aún en shock, llamó a Amy pero no le cogió el teléfono. Paul no podía imaginar que Amy había dejado de pensar en él... que tenía a su lado a la persona que logró sobrevivir al olvido. La persona que aparecía en sus sueños desde su desaparición y que durante toda una vida, había ocupado su corazón.



No podía ser. No podía ser Tom. ¡Tom estaba muerto! Ella misma había visto su cadáver, se le aparecía en sueños... No... no podía ser él. Pero... ¡Era él! Tom señaló desde el exterior, la puerta de entrada a *Butterfly* y Amy, haciéndole caso, corrió a abrirla. Tenerlo delante era magia. Algo increíble que no hubiera podido imaginar jamás. No era un sueño. No tenía los ojos cerrados. Tom estaba

allí... estaba allí... y la miraba con todo el amor del mundo. Como siempre.

-No... no puede ser. ¿Tom?
-preguntó mirándolo fijamente a los ojos.

Ya no le hacía falta imaginar como hubiera sido Tom a los treinta y siete años. Lo podía ver en vivo y en directo. No había cambiado mucho del Tom de veinticinco. Su tez era más morena que antes, algunas arrugas habían invadido su rostro haciéndolo aún más atractivo si cabe y se había dejado barba. Sus ojos verdes ya no brillaban febriles como la última vez que lo vio y su cabello, algo canoso,

brillaba. Tom olía bien. Estaba más delgado e incluso parecía más alto.

-¿No me vas a dar un abrazo? –preguntó, con una voz más grave a la que recordaba.

-Tom... ¿eres tú?

-¿Quién si no? –rió Tom.

-Pero... pero moriste. Yo te vi. –respondió Amy entre lágrimas.

-Sé que esto debe ser muy impactante para ti, Amy... te prometo que te lo voy a contar todo. Pero primero abrázame... no sabes cuanto he esperado este momento.

Amy lo abrazó. Y volvió a sentir en ese abrazo a su Tom. Al niño

de ojos tristes que jugaba solo en el recreo. Al adolescente con insoportables visiones que no podía dormir por las noches. A la pareja que la hizo feliz durante toda una vida, y que de la noche a la mañana la quiso alejar de él por su bien. Para evitarle problemas. Amy acarició el rostro de Tom. Él sonrió y la besó. En ese beso, Amy no reconoció del todo al Tom con el que estuvo. Pero habían pasado doce años. Doce años sin probar esos labios... sin sentir su piel. Al separarse, Amy lo miró sonriendo y asintió. Quería saber la verdad. ¿Dónde había estado durante esos doce años?

-¿Quieres un cigarrillo? –le

ofreció Amy, aún descolocada, sentándose en la silla balancín del porche.

-Claro.

-¿Desde cuando fumas? – quiso saber Amy.

-Desde hace cuatro años. ¿Te lo puedes creer? Empecé a los treinta y tres.

-Tom, no entiendo nada. De verdad que no entiendo nada. –pero en el fondo, Amy sabía que con Tom podía ocurrir cualquier cosa. Y había ocurrido. Como si hubiera resucitado... como si hubiera vuelto de entre los muertos, sin haber sido nunca uno de ellos.

-Recuerda, Amy.

Recuerda... te dijeron que mi supuesto cuerpo llevaba tres días muerto y tú me habías visto hacía tan solo unas horas. Yo no era el cadáver que visteis y te aseguro que me duele en el alma el sufrimiento que os causé. Pero lo hice por vuestro bien y por el mío.

-Sigue. -a Amy le temblaba la voz.

Lo miraba fijamente sin poder creer aún lo que estaba viviendo. Como si fuera un sueño más en el que Tom le hablaba y ella deseara que no entrara en bucle como siempre, con frases extrañas y a menudo desagradables o amenazantes.

Tom se quedó callado un momento. Inmerso en sus pensamientos, le dio un par de caladas al cigarrillo y se distrajo con la mirada fija en otro lugar.

-¿Qué es esa luz? –preguntó mirando hacia la cueva. De ella, volvía a brillar una luz intermitente.

-No tengo ni idea. –respondió Amy. –Tom, por favor. Necesito respuestas. Entiende que esto es un shock para mí. –continuó diciendo, aún con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta del que no podía desprenderse. Todo su cuerpo seguía temblando y el tic nervioso en el labio inferior, volvió a aparecer sin avisar.

-Mis visiones, Amy. Ví cosas muy difíciles de explicar y muy comprometedoras para personajes públicos e importantes. Me querían cerrar la boca. Querían acabar conmigo y con todas las personas a las que amaba. Tuve que desaparecer y así hice. Encontraron a aquel pobre chico con un parecido asombroso a mí y lo mataron. Yo me encerré en el apartamento durante días hasta que viniste y... siento haber sido tan brusco. Pero necesitabas vivir sin mí. Ahora esas personas están lejos de aquí y yo... yo quería volver a estar contigo. Sentirte cerca de nuevo. Estos doce años han sido muy solitarios y tristes. —explicó, como si hubiera estado ensayando cada palabra frente al espejo

durante años.

-¿Dónde has estado?

-En París.

-¿París? –preguntó Amy, recordando que el colega del señor Tanner le había dicho que un arquitecto procedente de París, había venido a revisar las obras de los planos que Tom había diseñado. -¿Y esta casa Tom?

-La vi. Sencillamente la vi... y la construí para ti. En 2010, me enteré que mis padres habían muerto. Digamos que... el señor Tanner me ayudó. –explicó distraído.

-Entonces el señor Tanner me mintió.

-Sí, claro... no podía decirte que seguía vivo. Tenía que ser

una sorpresa.

-Pues al principio me he llevado un susto de muerte... –rió Amy, que empezaba a relajarse un poco.

-Dime Amy... ¿Cómo te ha tratado la vida?

-La vida... –suspiró Amy, pensando de repente en Paul. –Estos doce años también han sido tristes y solitarios. Tu marcha me dio muchos problemas psicológicos ¿sabes? Aún me queda algo pero... –no... no le mencionaría a Paul. –Creo que todo se va a solucionar y volveré a ser la mujer que conociste. Algo más mayor pero... Ahora sí, Tom... Ahora sí...

-Me alegro mucho. Es extraño... porque hace doce años que no

nos vemos y es como si nos hubiéramos visto ayer. ¿No te parece? Como si el tiempo no hubiera pasado... Te queda muy bien el pelo corto, por cierto.

-Gracias... Yo también tengo esa sensación. Como si te hubiera visto ayer. -rió Amy, nerviosa. -Y... ¿por qué Dingle?

-Dingle. ¿No te parece un lugar maravilloso? Solitario, alejado de todo, tranquilo... reconfortante. -respondió Tom misteriosamente, mirando a su alrededor aunque no se viera nada debido a la oscuridad del lugar.

-Tom, lo siento es que... se me hace muy difícil. No me lo acabo de creer.

-¿Por qué? Mira, tócame. Pellízcame. ¡Soy de carne y hueso! – exclamó Tom divertido.

-Entonces... ¿Por qué has aparecido en mis sueños? En ellos estabas muerto...

Tom meditó unos instantes y asintió frunciendo el ceño. Volvió a darle un par de caladas intensas a su cigarrillo, mientras seguía mirando con curiosidad la luz destellante que seguía invadiendo la lejana cueva en la penumbra.

-No lo sé, Amy. Tú no tienes el don. Me refiero a que... no tienes visiones. Así que no tengas muy

en cuenta tus sueños. Puede que no signifiquen nada. –respondió Tom, restándole importancia a un asunto del que parecía no querer hablar.

-Vale... ¿Y tus visiones?

-Van bien. Mejor.

Controladas.

-¿Las puedes controlar?

-Sí. He aprendido a hacerlo. Tan solo debo respirar hondo y fijar mi mirada en algo que me encante. En lo que más me maraville o fascine del mundo... y las visiones desaparecen. A partir de ahora, teniéndote delante será mucho más fácil.

Se miraron fijamente a los ojos durante un instante. La mirada

verde e intensa de Tom, hipnotizó a Amy. Su tic nervioso en el labio desapareció. Su mente se nubló por unos instantes y de repente... dejó de existir todo lo que había a su alrededor. Los miedos desaparecieron. También el sufrimiento. En el mundo de Amy, solo había cabida para Tom.



Paul intuyó desde la habitación del hotel que algo iba mal. Amy no respondía a sus insistentes llamadas y empezó a temer lo peor.

Alguien había querido que desapareciera de Dingle. Paul estorbaba allí. Necesitaba saber que Amy estaba bien, así que llamó a Samuel para que fuera a investigar. De nuevo, recibió malas noticias.

-Kim Becker... la acaban de encontrar muerta en el río.

-¿Kim? -preguntó Paul descolocado. -Veinticinco años...

-Me estoy volviendo loco, Paul. No hay nada. Hemos investigado la zona y sigue sin haber pistas. Ya van cuatro chicas jóvenes, Paul... nos habíamos relajado. Nos habíamos relajado y no... -Paul no podía verlo, pero Samuel se echó las manos a la cara

y rompió a llorar. –El pueblo está consternado. –logró decir con la voz ronca y entrecortada.

-Samuel, por favor. Tienes que ir a *Butterfly*. Tengo un mal presentimiento.

-¿Qué? ¿Amy?

-Alguien me ha traído hasta Berlín porque no me querían en Dingle.

-Perdona Paul, pero no entiendo nada.

-Samuel, ya te lo contaré. Ahora por favor, date prisa y ve a casa de Amy.

-Voy. No te preocupes, Paul.

Pero Paul sí tenía motivos

por los que preocuparse. El vuelo hasta Irlanda o Londres más próximo, era dentro de dos días. No había nada para esa misma noche o para la mañana del día siguiente. Maldiciendo al culpable de su situación, reservó un vuelo que salía a Irlanda en dos días. A primera hora de la mañana. Rezándole a un Dios en el que no creía, por volver a ver a Amy y que estuviera sana y salva.



Amy no quería ir a dormir. No quería cerrar los ojos. Quería congelar el momento y no desperdiciar

ni un solo segundo con la compañía de Tom, por quien los sentimientos nunca habían desaparecido. Sentados en el porche, compartiendo cigarrillos y recuperando el tiempo perdido. Así se hubiera quedado... para siempre.

-Entonces, Tom... ¿ya no estás en peligro?

-No. Ya no. Podemos ser felices al fin, Amy. Creo que viene alguien. –le avisó Tom afinando el oído. Unos pasos lentos venían de visita a *Butterfly*.

El agente Samuel Mhic se acercó sigilosamente hasta el porche. Al ver a Amy sentada fumando un

cigarrillo, pareció aliviado.

-¿Todo bien por aquí? – preguntó Samuel seriamente. La sonrisa no podía ser la protagonista de su rostro después de lo que estaba sucediendo en Dingle.

-Sí, claro. Aquí, pasando la noche. –respondió Amy sonriéndole a Tom con total y aparente normalidad.

Samuel miró a su alrededor para asegurarse de que todo estuviera en orden. Estaba oscuro y una luz intermitente procedente de la cueva, llamó su atención. Pero no le dio demasiada importancia. Le esperaba una noche dura y larga en comisaria, debido

al recién descubierto cuerpo de Kim en el río, con signos evidentes de violencia como todas las víctimas anteriores.

-Bien, entonces. No quiero molestar. Buenas noches Amy, cuídate.

-Buenas noches.

Amy miró a Tom riendo. Como si la llegada del agente Samuel hubiera sido un contratiempo divertido y emocionante.

-¿Vamos a dormir? – propuso Tom.

-¡No! Quiero estar aquí contigo toda la noche...

-Bueno, podemos estar toda

la noche en la cama haciendo otro tipo de cosas que no sea solo hablar... –dijo Tom pícaramente.

Amy rió aún más. Hacía años que no reía así... Los nervios habían desaparecido y su cuerpo ya no sufría temblores. Había asumido que Tom estaba a su lado y se quedaría ahí para siempre. Con ella. Ya no había peligro y la madurez y el paso de los años lo habían ayudado a controlar sus visiones. Su don. Su maldición. ¡Que buenas noticias! Amy se alegraba de verdad por él. Pero también por ella. Porque al fin, su vida cobraba sentido y dejaría de ser gris y oscura... incluso los atardeceres sombríos desde el

acantilado de Dingle, parecerían estar repletos de colores gracias a la presencia de Tom.

Ya en el dormitorio, se miraron embelesados. Tom desvistió lentamente a Amy. Acarició con deseo cada rincón de su piel. Saboreó el momento y entre besos apasionados, abrazos cálidos y caricias dulces, hicieron el amor. Fue intenso y bonito. Como las veces en las que eran jóvenes y querían experimentar el uno con el otro. Extasiados, se quedaron dormidos a las tres de la mañana. Piel con piel. Sin poder separarse después de tanto tiempo.

A pesar de tenerlo físicamente al lado, al cerrar los ojos Amy vio a Tom. Se alejaba de ella y una mano que no era la de él, oprimía su boca sin dejarle hablar. Miraba a Amy con unos ojos asustadizos e irritados. Parecía querer llorar. Y gritar. Pero no podía hacerlo. El cielo onírico se volvió gris, y el Tom de sus sueños se esfumó sin poder decir nada. Amy despertó en mitad de la noche confusa y sin volver a conciliar el sueño. Miró a Tom. Dormía plácidamente. Estaba poco acostumbrada a verlo así... recordó las noches tormentosas en las que Tom no dormía por sus recurrentes pesadillas. Ahora, incluso sonreía en sueños. Minutos más tarde, embelesada en un

mechón que caía rebelde sobre la frente de Tom, Amy escuchó unos pasos procedentes del pasillo. De nuevo esos pasos... lentos al principio. Rápidos al final. Como si alguien de otro mundo paseara por el pasillo de punta a punta. Amy, asustada y sin levantarse de la cama, se asomó un poco para poder ver a través del hueco de la puerta mal cerrada. Y sus ojos no volvieron a engañarle. Tal vez su imaginativa mente sí, pero sus ojos no... Vio una sombra. La vio varias veces. Corriendo rápido, nerviosa, agitada. Amy cerró los ojos y se recostó sobre el huesudo hombro de Tom. Al volver a mirarlo, su rostro ya no era plácido. No sonreía. Como si volviera a soñar con aquellas mariposas

que lo atormentaban, de un brusco golpe tiró a Amy de la cama sin darse cuenta. Amy, desde el suelo y paralizada, lo miró. Seguía durmiendo pero se sentía el sufrimiento en su expresión. De nuevo, sintió miedo y fue a la habitación de invitados para intentar dormir lo que quedaba de noche. Los pasos no cesaron pero el aroma de Paul que desprendía la almohada, tranquilizaron un poco a Amy, que logró volver a conciliar el sueño sin más problemas.

A la mañana siguiente, un aroma a café invadió *Butterfly*. Al bajar a la cocina, vio a Tom preparando un delicioso desayuno y tarareando una canción.

*“Cuando las lágrimas caen por tu rostro,
cuando pierdes algo que no puedes reemplazar,
cuando amas a alguien pero se desperdicia,
¿Podría ser peor?”*

Coldplay, la canción *Fix You*... Amy recordó al vecino adolescente de Londres que ponía esa canción a todo volumen una y otra vez. Se extrañó que precisamente fuera esa canción la que decidió tararear Tom esa mañana. Pero... ¿Desde cuando cantaba Tom? El Tom de veinticinco años ni siquiera la había sacado a bailar nunca.

-Te has levantado contento. –saludó Amy dándole un beso.

-Mucho. He dormido genial. ¿Por qué te has ido a dormir a la habitación de invitados?

-Me tiraste de la cama en sueños. –rió Amy.

-¿En serio? Lo siento muchísimo.

-No importa.

-¿Café?

-Sí, por favor. ¡Lo necesito! –respondió Amy alegremente.

Amy seguía teniendo preguntas que parecían incomodar a Tom. Así que decidió que lo mejor era salir de *Butterfly* y dar una vuelta por el pueblo.

-¿Lo conoces?

-He estado en el puerto... –respondió Tom. –Pero poco más. Como te dije, quería que fuera una sorpresa y estaba esperando el momento oportuno.

¿Conocería Tom la existencia de Paul? ¡Paul! A Amy se le había ido el santo al cielo con todo lo ocurrido. Miró su teléfono móvil y vio que tenía varias llamadas perdidas de Paul. Decidió llamarlo en otro momento, seguramente estaría muy ocupado con sus exposiciones. Lo que Amy no podía imaginar, es que Paul vagaba por las calles de Berlín deseando que llegara el día siguiente para volver a Dingle. Para asegurarse por él mismo, que Amy no

estaba en peligro.

-Amy. -le dijo Tom mientras miraba el teléfono móvil. -Olvídalo. Ahora estás conmigo.

El tono de Tom no fue amable. Tampoco amenazante. Pero sí extraño. Amy asintió y decidieron coger el coche para ir a hacer unas compras en Dingle, donde el ambiente no era muy favorecedor ni amigable. Amy, aún no sabía que otra chica había aparecido muerta en el río y al toparse con el viejo Rowan, temió que volviera a emprender unas duras y violentas palabras contra ella. Pero ni siquiera la miró. Ella, hablaba con Tom distraída, mientras las

pocas personas que pasaron por su lado en ese día nublado y triste, seguían mirándola de una forma peculiar y distante.

Al volver a casa, Derek Harrison, el colega del señor Tanner, esperaba a Amy en el porche. Ella no recordaba su nombre, pero sí su rostro y una vez más, su intuición le decía que no era de fiar.

-Señorita Campbell. – saludó haciendo caso omiso a la presencia de Tom.

-Lo siento, no recuerdo su nombre. –respondió Amy tajantemente.

-Derek Harrison. Venía para

asegurarme de que todo estuviera bien.

-Todo está muy bien, señor Harrison. ¿A qué ha venido realmente?

-Ya se lo he dicho. A asegurarme de que está bien. –repitió misteriosamente.

-¿Por qué tendría que estar mal? –preguntó Amy mirando a Tom.

-Por nada señorita Campbell... por nada. –respondió el señor Harrison, mirando de reojo a Tom y volviendo a su Chevrolet para desaparecer de *Butterfly*.

-Este hombre me pone los pelos de punta. –le dijo Amy a Tom. –Es la segunda vez que viene y siempre para asegurarse de que todo esté bien... Ni

siquiera sé quien es realmente. Me dijo que era amigo de tu abogado, del señor Tanner.

-Ya decía que me sonaba su cara... También es abogado. Creo que vive en Irlanda.

-¿Y por qué tanta preocupación por mí?

-Una mujer sola, en un acantilado y en una casa solitaria y apartada... -murmuró Tom.

-Ha habido varios asesinatos en Dingle ¿sabes? Tres mujeres muertas en el río.

-Cuatro. -informó Tom inconscientemente.

-¿Cuatro?

-¿Cuatro has dicho?

-Tom, no me vuelvas loca.
Yo he dicho tres. Tú cuatro.

-Pensaba que habían sido cuatro. No sé. ¿Qué preparo para comer?

Amy se quedó en el porche pensativa, mientras Tom fue a la cocina a preparar algo de comer. Una luz intermitente en el interior de la cueva, de nuevo reclamaba la atención de Amy. La observó durante unos instantes, hasta que Tom le dijo que la ensalada ya estaba lista. Al despertar de la reparadora siesta que Tom le propuso, Amy no volvería a ser la misma de siempre.



CAPÍTULO 9

Lo primero que hizo Paul al aterrizar en Irlanda, después de dos eternos días en la ciudad de Berlín intentando localizar sin éxito a Amy, fue conducir hasta el acantilado de Dingle para volver a *Butterfly*. Pero Amy no estaba en casa. Llegó media hora después, de su ya habitual paseo con Tom por la playa al atardecer.

-¡Amy! –saludó Paul, acercándose a ella con la intención de abrazarla.

-Perdona... ¿Nos conocemos? –preguntó Amy apartándose

inmediatamente de Paul y de la efusividad de su comportamiento.

-¿Estás bromeando?

-No. –respondió Amy secamente. -¿Quién eres?

-Amy... Soy Paul. –respondió confuso.

-Lo siento, no te conozco. Y ahora si me disculpas, tenemos muchas cosas que hacer. Vamos, Tom.

Amy y Tom entraron en casa cerrándole la puerta a Paul como si fuera un vendedor de aspiradoras. Amy, pensativa, dudó durante unos instantes. Ese rostro... sí, le era familiar... pero ¿quién era? Negó con la cabeza sin darle más importancia y se acercó a Tom

coqueta, acariciando su rostro y besándolo con efusividad.

Paul, aún en el porche, estaba paralizado. Escuchó unos pasos tras él. Se acercaban lentamente pero allí no había nadie. Sintió que una mano acariciaba su hombro y un escalofrío recorrió su cuerpo. Algo extraño había pasado. Todo era muy confuso... su mente se nubló, Paul no podía pensar con claridad. Y Amy... No, no parecía estar bromeando. De veras no lo había reconocido. ¿Qué era lo que estaba pasando?

Ya en el pueblo, dos agentes de policía esperaban a Paul en

la entrada de su casa. La puerta estaba forzada y lo poco que pudo ver del interior, completamente revuelto.

-Paul, acompáñanos a comisaria. –dijo Jacob Britt, uno de los colegas policías de Samuel.

-¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde está Samuel?

-Samuel. –rió Adam Blaire, el policía más fuerte y con más mal carácter de Dingle. –Ese hijo de puta te está esperando en comisaria.

-¿Cómo? –preguntó Paul incrédulo, forcejeando contra los dos agentes a los que conocía desde que eran niños.

-Paul, no nos lo pongas

difícil. –le advirtió Jacob, ante la atenta mirada de los pocos vecinos que paseaban por las calles de Dingle y que, entre asombrados y aterrorizados, vieron la escena en la que se llevaban preso a Paul.

-¿Qué estáis haciendo?
¡Dejadme en paz!

Paul se resistió. Pero no pudo contra la fuerza de Adam, que le colocó con facilidad las esposas y violentamente le paralizó cogiéndolo fríamente por la cabeza.

-Paul, no quería llegar a esto... de verdad que no. Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que

digas puede y será usada en tu contra en un tribunal de justicia. Tienes el derecho de hablar con un abogado. Si no puedes pagar un abogado, se te asignará uno de oficio. ¿Te han quedado claros los derechos previamente mencionados? – habló Jacob apresuradamente, ayudando a Adam a meter a Paul en la parte trasera del coche policial.

-Iros a la mierda. –repuso Paul, con lágrimas de impotencia en los ojos.

El agente Samuel Mhic, desde la sala de interrogatorios en la que se encontraba, pudo escuchar los gritos de Paul al llegar a comisaria. Increíblemente ante todo lo que estaba

sucediendo, y con las muñecas esposadas, a Samuel lo culpaban de cómplice de violación y asesinato de las cuatro jóvenes cuyos cadáveres habían aparecido en el río Maine. Y como máximo responsable de la muerte de Kim Becker, la última víctima, puesto que Paul estaba en Berlín.

-Samuel, tienes compañía. – le dijo tranquilamente el inspector Damien Becher.

-No hemos hecho nada, Damien. –era algo que Samuel había dicho cientos de veces a lo largo de las seis horas que llevaba sentado en la sala de interrogatorios. Lo habían sometido a un duro interrogatorio poniendo a

prueba su capacidad física y mental. Sin embargo, Samuel no soltaba prenda puesto que él no era culpable y no tenía ni idea de quien había podido ser el maldito asesino que además, les había tendido una trampa. Solo Samuel sabía que el asesino seguía libre y por cualquier tipo de interés, le había elegido a él para parecer el responsable de los atroces crímenes.

-¿No? ¿Y por qué la ropa de las chicas estaba en tu casa ensangrentada? ¿Por qué hemos encontrado en casa de Paul la podrida mano izquierda de Mary Larson?

Samuel se echó las manos a la cabeza con desesperación, sin

encontrar una respuesta que pudiera hacerles ver, que ellos no eran los responsables de esas muertes. Alguien les había tendido una trampa.

-Damien, nos han tendido una trampa, ¿no lo entiendes? Nos conocemos desde siempre, no sé como podéis creer que Paul y yo hayamos podido hacer algo así.

-Samuel, no lloriquees. Un poco de orgullo, por favor. –respondió Damien duramente. –Te dejo. Voy a ver que dice tu amiguito al respecto.

En la sala de interrogatorios contigua, un Paul desesperado preguntaba qué era lo que

había pasado para que lo trataran de esa manera. Desorientado y perdido, las lágrimas seguían recorriendo sus mejillas. Pensaba en Amy. En la cara que puso al verlo, en lo fría y distante que se mostró al no saber quien era. ¿Cómo era posible? ¿Qué le había pasado? Las preguntas se amontonaban en su cabeza, sin lograr encontrar una respuesta que facilitara la situación. Sabía que tras el espejo, un aluvión de agentes lo observaban y de repente, entró el inspector Damien Becher. Lo miró fríamente, altivo. Sin compasión por las lágrimas derramadas.

-¿Arrepentimiento? –
preguntó sentándose frente a Paul.

-¿Qué dices Damien?

-Samuel y tú sois sospechosos de las violaciones y muertes de Ruby Anderson, la turista italiana Alessia Marcuzzi, Mary Larson y Kim Becker.

-¿Kim? –preguntó Paul pasmado. -¿Kim también ha aparecido muerta?

-El único crimen del que no se te culpa. Estabas en Berlín.

-¿Qué pruebas tenéis contra nosotros?

-Encontramos la ropa ensangrentada de las chicas dentro de un baúl en el desván de Samuel. Más bien... su mujer lo encontró y nos avisó aterrorizada al saber que vivía con un

asesino. Inmediatamente, registramos tu casa. Encontramos en el cajón de la cocina la mano amputada de Mary Larson.

-¿Cómo? Damien, no. No puede ser. Alguien nos ha tendido una trampa.

Damien golpeó con el puño la mesa, asustando a Paul.

-¿Tú también?

-Damien, fui a Berlín y resultó ser que no tenía exposiciones. Alguien me engañó haciéndose pasar por mi agente, para que me fuera lejos de aquí.

-A lo mejor fuiste tú quien

se alejó para disimular. Para que Samuel matara fríamente a Kim sin que tú resultaras sospechoso. Luego seguramente, tendríais planeado que Samuel fuera quien viajara a algún lugar y actuaras tú.

-¿Qué estás diciendo? – preguntó Paul llevándose las manos a la cabeza. Un gesto desesperado, que Damien ya había visto en Samuel.

-Créeme que quisiera no creerlo. Pero las pruebas son evidentes, Paul. Samuel y tú sois dos hijos de puta asesinos, que habéis acabado sin compasión con la vida de cuatro jóvenes de veinticinco años con todo un futuro por delante. Habéis acabado con sus sueños, sus ilusiones y habéis

destrozado a familias enteras.

-¡Damien! ¡No! –gritó Paul, levantándose de la silla.

Detrás del espejo, observaban a Paul. Y nadie podía creer que Samuel y él fueran los asesinos. Pero lo cierto, es que las pruebas en sus casas eran irrefutables y Samuel y Paul, pasarían al menos esa noche en el calabozo. Aún les quedaban días de tormento y confusión. Largas horas de interrogatorios, miradas de odio, abucheos e insoportables visitas a los tribunales. El abogado elegido para defender la inocencia de Samuel y Paul, se llamaba Derek Harrison, el hombre que había ido en un par de ocasiones a

ver a Amy para asegurarse de que estaba bien... El único hombre que a pesar de estar obligado a mantener la boca cerrada, conocía todos los detalles de los escabrosos crímenes... y por supuesto, al culpable. Un demonio que manejaba la vida de Derek a su antojo y que con solo una mirada, lograba aterrorizar al abogado.



Amy se encontraba en el paraíso junto a Tom. Viviendo la vida

que desde siempre soñó, sin saber que Paul estaba viviendo un infierno. Ni siquiera existía en su mente o en su recuerdo. Paul nunca había formado parte de su vida.

Tom parecía un hombre normal. Era cierto que había aprendido a controlar sus visiones y aunque muchas eran las noches en las que Amy se iba a dormir a la habitación de invitados porque Tom se movía en exceso, no había nada de lo que preocuparse. A menudo, Amy seguía viendo a Tom en sueños. Pero ya no le hablaba... la miraba confuso e incluso aterrizado. Pero no le daba importancia a esos sueños, porque al fin tenía a Tom a su

lado. Por las mañanas, Amy escribía los artículos para el periódico que Steve le encargaba. Al mediodía antes de comer, progresaba excelentemente con su novela y por la tarde, Tom y ella paseaban por la playa sin percatarse de la luz intermitente que seguía queriendo llamar su atención desde la lejana y sombría cueva.

Una tarde en la que contemplaban el atardecer sentados en la fría arena, Amy se percató de que aún le quedaba una pregunta que formularle a Tom.

-Tom, cuando llegué a esta casa, el ordenador del estudio ya estaba

colocado en el escritorio. Al encenderlo, me habías escrito una carta. –Tom la miró confuso, pero en seguida, asintió.

-Sí.

-¿Por qué?

-Bueno... –dudó un momento. –Era una pista. –le guiñó un ojo y Amy pareció conformarse con la respuesta.

-¿Te gustaría salir esta noche? –propuso Amy.

-Más bien no...

-¿Por qué? Dingle está bien y además no hemos salido ni una noche. Podemos ir al pub de Murphy's, la música es genial.

-Ya sabes que no me gusta

bailar...

-Tampoco te gustaba cantar y el otro día te escuché tarareando una canción, Tom.

-Bueno... –musitó Tom pensativo.

-¡Venga!

-¿Y a ti desde cuando te gusta salir por la noche?

-¡Desde que estás tú! Tom, he vuelto a vivir. Salgamos...

Ante la insistencia de Amy, Tom decidió aceptar la propuesta. Esa noche, aparecieron acaramelados en el pub de Murphy's e incluso a Tom le extrañó, que Amy bebiera cerveza. Amy se situó en el centro de la pista riendo

junto a Tom, y bailaron. Bailaron hasta que sus pies dijeron ¡basta! Y cuando se sentaron en la barra, apareció Karl, el mecánico del pueblo amigo de Paul. Tenía mala cara. Se le veía ojeroso y cansado, como si le hubieran caído diez años encima desde la última vez que Amy lo vio.

-Que contenta te veo, Amy.

-la saludó seriamente.

-Perdona... No recuerdo tu nombre. -respondió Amy en el mismo tono, escudriñándolo con la mirada.

-Karl. Imagino que sabrás que Paul está en prisión.

Amy lo miró pensativa, sin

saber quien era Paul. Pero en vez de preguntar, miró a Tom frunciendo el ceño y sonrió.

-Mira Karl, te presento a Tom. Mi pareja.

-¿Cómo? –preguntó Karl pasmado.

-Tom, él es Karl. No recuerdo de que lo conozco, pero lo conozco. –rió, algo confusa.

-Amy, sabes que a tu lado no hay nadie ¿verdad? –le dijo Karl, mirando la cerveza que estaba bebiendo la mujer de la que su amigo Paul se enamoró locamente. Negó con la cabeza y se fue.

Tom miró hacia abajo. Amy ya no reía. ¿Por qué Karl le había dicho eso? ¿Por qué no había saludado a Tom? Luego pensó en todas las personas con las que se había encontrado yendo con Tom y cayó en la cuenta que ninguna le había dirigido la palabra a él. Solo a ella. Le pareció normal hasta ese momento. Ese momento en el que la cabeza de Amy empezó a dar vueltas y cayó redonda al suelo con un único pensamiento en su cabeza... Tom no era real. Tom era su fantasma.



Hacía frío. Su piel estaba mojada. Sus labios amoratados. Helados. Le dolían los ojos y la cabeza. Amy miró a su alrededor. No sentía los brazos... estaban atados con una cuerda gruesa alrededor de una roca fría y húmeda. Miró a su alrededor pero no pudo ver nada. Todo era oscuro y tenebroso. Empezó a llorar... no podía gritar, no le salía la voz. De pronto, escuchó unos pasos. Se acercaban sigilosamente... tan iguales como los que había escuchado en diversas ocasiones en *Butterfly*. Pero a medida que se acercaban, aplaudían. Aplausos... como si del fin de una obra teatral se tratase. Al fin, una luz. Amy pudo ver que se

encontraba en una cueva y la luz intermitente que tantas veces había visto desde la lejanía, apareció frente a ella. Era Tom. Un Tom que ella no conocía.

-¿Eres un fantasma? – preguntó Amy, llorosa e indefensa.

-No. Pero nadie me puede ver. ¿Sabes por qué? Porque juego con la mente de las personas. También he jugado contigo, por supuesto. Y no, no soy Tom. –respondió misteriosamente, saboreando cada palabra. Saboreando y disfrutando del momento. Se relamió la boca mirando con intensidad a Amy y alumbrándola con una pequeña linterna.

-Pero... –susurró Amy. Eran iguales, pensó. No podía no ser Tom...

No podía. Pero sí. Claro que no era Tom. Tom nunca la hubiera mirado como lo estaba haciendo ese hombre. Como si de un momento a otro, fuera a devorarla ferozmente.

-Antes de morir y reunirte de nuevo con tu Tom verdadero, tendrás todas las respuestas. Te lo prometo. — dijo, encendiendo un cigarro y dando una vuelta sobre si mismo.

Amy estaba aterrorizada. Paralizada. Su mente despertó y por primera vez en mucho tiempo, Tom había desaparecido de su pensamiento. Volvía a recordar. Y solo podía pensar en Paul y en lo que Karl le había dicho. Estaba en prisión. ¿Por qué? Maldijo el

día en el que creyó a ese hombre. A ese desconocido idéntico a su amor del pasado. Maldijo todos y cada uno de los días que tan idílicos parecían junto a él. Decidió permanecer en silencio esperando que el mundo paralelo del que Tom le hablaba, cobrara vida y con un poco de fe, obrara el milagro. El milagro de salvarla del mismísimo demonio.

-Mi nombre es James Levy, el hijo oculto de Roger y Clara. El hermano gemelo de Tom. Y fui ese Tom que creíste que te echó de su apartamento para protegerte. Todo mentira. Soy un gran actor, ¿no crees? – rió, deteniéndose para darle una intensa

calada al cigarrillo y expulsar el humo al ojo herido de Amy. —Efectivamente, Tom llevaba muerto tres días. Yo mismo lo maté. Yo mismo maté a todas las jóvenes y Paul y ese policía del tres al cuarto están detenidos por los crímenes que yo cometí. —explicó soltando una carcajada aún más maléfica, orgulloso de todas las maldades que había cometido. —Ocultarme ha sido fácil porque hasta mis padres lo hicieron... se avergonzaron de mí. Me abandonaron y se olvidaron del hermano de Tom... he estado en la sombra durante tanto tiempo, Amy... —un ápice de tristeza se apoderó de su mirada. Solo un instante. Un breve instante en el que Amy pensó en las pocas posibilidades que tenía de

sobrevivir.

Pasos. Uno, dos, tres... James, confundido, miró a su alrededor. Pero la tenue luz de la linterna que llevaba en sus manos, no le mostraba la presencia de nadie. Amy sabía que había alguien más. Alguien a quien realmente no podían ver. Y no por el don de un ser vivo con una mente enferma.

-¿Has traído compañía? – preguntó James maliciosamente. Amy se encogió de hombros sin responder. - ¡Contesta!

-Aquí no hay nadie, James. –respondió con toda la tranquilidad de la que fue capaz. Pero el temblor de sus

piernas y el tic nervioso del labio la delataban.

-No te creo.

“Antes de entrar, asegúrate de saber donde está la salida”, escuchó Amy en el interior de su cabeza, sabiendo que no era fruto de su imaginación o locura. Tom estaba ahí... con ella. O al menos eso era lo que quería creer en esos angustiosos momentos de desesperación.

-Te juro que me ha costado mucho estar oculto durante tantos años esperando mi momento. Este momento, para ser más exactos. Pero matar a Tom fue toda una liberación. En el mundo no

pueden haber dos personas con un don tan poderoso. Digamos que... Tom era el ángel. Yo el demonio. Con dos años intenté estrangularlo. Mis padres lograron salvarlo. Me dieron un cachete y ya está... mi hermano estaba aterrorizado. No me quería ni ver... imagino que él vio su muerte. Y sabía desde la más tierna infancia, que yo sería el responsable de su visita al más allá. Tres meses más tarde, apuñalé a nuestro perro. Lo maté a sangre fría. Y disfruté... Mis padres me internaron. No había cumplido tres años aún... y lo peor de todo... nunca me vinieron a ver. Me abandonaron, Amy. ¿Sabes lo que es eso para un niño de tres años?

-Un niño asesino. -

respondió Amy con furia.

James se acercó y le propinó un puñetazo a Amy. Le partió el labio y le produjo una hemorragia nasal. Dolió. Pero aún así, Amy rió para lograr confundir más al monstruo que tenía delante.

-Un niño asesino. Como quieras. Desaparecí del mapa, Amy. Desaparecí. En el internado cometí muchos crímenes. Crímenes ocultos que si se supieran, ya me habrían condenado a la perpetua. O a la pena de muerte, quien sabe. Con el tiempo supe que podía jugar con la mente de las personas. Hacer que olvidaran,

provocar enfrentamientos, muertes, asesinatos, suicidios... lo que quisiera. Y nadie me vería. Podía ser invisible. ¡El deseo de todo común mortal! Si ahora quisiera, con solo mover un brazo derrumbaría este lugar y quedaríamos sepultados para siempre... juntos, Amy... Si ahora quisiera, tú no me verías.

-Ojalá. -deseó Amy con desprecio.

-¿No me temes?

-No.

-Aún recuerdo la mirada de terror de las cuatro chicas a las que violé y asesiné. Nunca olvidaré esa mirada y el lento placer de ver la muerte de cerca... acechando sigilosa... siendo yo el que la provoca.

De nuevo unos pasos. Distintos a los anteriores, que lograron confundir aún más a James al ver que no había nadie en esa cueva oscura y húmeda. Nadie al menos, que él pudiera ver.

-Vienen a ayudarte, Amy. Pero dos fantasmitas no van a poder hacer nada por ti... –susurró.

-¿Dos?

James sacó un puñal de su bolsillo. Amy quiso ocultar el terror en sus ojos. Contuvo la respiración, miró hacia el suelo, pero la asquerosa y sucia mano de James, levantó su rostro

obligándola a mirarlo fijamente a los ojos. Los ojos de un asesino cruel y sin escrúpulos.

-Así. Así es mejor. Quiero que me mires mientras te desangras. –le clavó el puñal en el estómago. Lentamente... Amy se retorció de dolor y cerró con fuerza los ojos.

-Estás enfermo... –logró decir Amy un minuto después, viendo como la sangre se esparcía por el frío suelo de piedra de la cueva.

-Fue fácil engañarte. Y por supuesto, amenazar al señor Tanner y a Derek Harrison. Sí, ese hombre que vino a verte un par de veces para asegurarse de que estabas bien... a eso le llamo,

cargo de conciencia. Ahora es el abogado de Paul y ese policía y por supuesto, los ayudará a pudrirse en prisión. –informó sonriendo. –Construí esa casa para ti. Pero te voy a confesar que no fui yo el que escribió esa carta que apareció en el ordenador... – suspiró, sacando el puñal del estómago de Amy, para clavarlo justo al lado. Amy gritó. El dolor era insoportable. – Por lo visto los fantasmitas de hoy en día están muy informatizados... – continuó diciendo con toda la maldad del mundo reflejada en sus ojos vidriosos; tal y como Amy los vio hace doce años en el apartamento sucio y abandonado de Tom. Pensando que era su Tom... cuando en realidad estaba

viendo a ese demonio por primera vez. James había jugado con ella durante todos esos años. Había convertido su vida en un infierno desde que asesinó a Tom. Había logrado engañarla... Y ahora, acabaría con su vida.

James se separó de Amy al volver a oír pasos. Una luz intermitente apareció por uno de los estrechos pasillos de la cueva. Alguien sostenía una linterna y se acercaba a ellos. Amy miró con temor a Derek Harrison, que horrorizado al ver a la joven atrapada en la roca y desangrándose, sacó una pistola del bolsillo con la mano temblorosa.

-¿Ha venido a asegurarse de que estoy bien? –preguntó Amy sin fuerzas, sonriendo tristemente.

-Tranquila muchacha, tranquila... –susurró Derek, acercándose sigilosamente y mirando a su alrededor.

Derek corrió hacia Amy. No podía ver que James, tras él, sacaba otro puñal de su bolsillo derecho y se lo clavaba con fuerza en la espalda. El señor Harrison cayó desplomado en el suelo con la mirada fija en Amy. El puñal había atravesado su corazón. Derek Harrison, cuyo cargo de conciencia había hecho que no abandonase a la señorita Campbell, murió en el acto sobre la fría piedra de

la cueva sin haber podido ver a su agresor. James había dominado la mente del abogado, y éste, no lo había podido ver.

-Ventajas de que no te puedan ver. –dijo James guiñando un ojo. –Eres fuerte, Amy. Muy fuerte. Tom murió con el primer golpe. ¿Para qué esperar más? Ya te lo he contado todo. Irás a la tumba con todos y cada uno de los misterios de tu vida resueltos. ¿Qué más quieres?

-Vivir, James. Quiero vivir.

-Querida... eso no va a ser posible...

Cuando James se iba a

acercar a Amy para clavarle la puñalada final que acabaría con su vida, cuatro manos invisibles lo paralizaron. James abrió los ojos. Y aunque rió, se le veía aterrizado. Gritó. No podía moverse.

-Ventajas de que no los puedas ver... –murmuró Amy con una forzada media sonrisa.

Por un momento, Amy, entre la vida y la ensoñación de la muerte, pudo ver el rostro angelical de Tom y el de una mujer. Ella, le sonreía amigablemente pero Amy no la conocía. Su cabello era negro, sus ojos azules, casi transparentes... la fragilidad de su cuerpo fantasmal no se correspondía con

la fuerza de su alma. Amy no supo en ese instante, que ese fantasma era el de Abbey, el gran amor de Paul. Tampoco supo que Abbey, era la responsable de los pasos y la mano invisible protectora posada en su hombro en *Butterfly*, en tantas ocasiones. Su intención no era asustar. Advertir y proteger era su misión, aunque a menudo, el destino inevitablemente estuviera escrito y nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Ni siquiera un fantasma desde el otro lado.

James continuó gritando, impotente sin poder hacer nada por zafarse de los dos espíritus a los que seguía sin poder ver, a pesar de sus poderosas capacidades que en esos

momentos parecían mermadas. Esos dos espíritus bondadosos, serían los que se llevarían a James, a las mismas llamas del infierno. Allá donde habita el olvido... y de donde es imposible regresar.

La cuerda con la que Amy estaba amarrada a la roca, se deshizo como por arte de magia. Amy miró el cuerpo inerte del señor Harrison. No, ella no podía acabar así... Al cuarto intento, logró levantarse. Con una fugaz mirada hacia los espíritus que la habían salvado del monstruo desde el otro plano, corrió lentamente hacia la salida de la cueva. Por motivos que Amy aún no conocía, había podido ver por primera vez ese

plano desconocido. Ese mundo paralelo al de los vivos, donde las almas de los muertos nos protegen... nos vigilan... y en algunas ocasiones, nos salvan. Lo intentan. Siguen ahí... no se van del todo, solo cambian de lugar. Sí, Amy lo había podido ver...

Minutos. Minutos eternos. Amy logró encontrar la salida. Se sentó en el frío y elevado suelo de la entrada de la cueva, sujetándose las heridas y mirando hacia el cielo. Era la primera vez que el cielo de Dingle estaba descubierto y le ofrecía un precioso juego de colores de un atardecer que le hacía entender, que había estado en la cueva más de veinticuatro horas presa por el

monstruo. Amy escuchó a James gritar. Fue un chillido aterrador y Amy supo que los dos espíritus, lo habían arrastrado al fin, hasta el lugar al que pertenecía. James se encontraba ya, en el mismísimo infierno. También entendió en ese momento, que había logrado ver el otro lado oculto para los vivos, porque ella, estaba a punto de cruzar debido a sus profundas y dolorosas heridas. Y le dolía... le dolía no haber podido despedirse de Paul. De esa nueva oportunidad que hubiera podido ser maravillosa.

La sangre, seguía brotando caprichosa de las heridas... La vida empezaba a abandonarla, la muerte,

como siempre paciente... se acercó lentamente a ella. Empezó a flaquear... miró por última vez hacia el mar. Estaba en calma y sobre él, flotaban los cuadros desfigurados repletos de vida y de color de Paul. Amy sonrió por última vez y vio a Tom... le sonreía. La venía a buscar, para llevarla con él a un plano desconocido, en el que permanecería oculta por siempre con el amor de su vida.



Encontraron el cadáver de James Levy en el interior de la sombría

cueva, horas más tarde. Nadie sabría jamás su nombre. Ni quien era, ni de donde procedía, ni su macabra historia y el poderoso don que le había atormentado durante toda su vida, al igual que hizo con su hermano gemelo Tom. La expresión de su rostro, aún con los ojos abiertos, mostraba el terror que había experimentado antes de morir. Se quedaron muy sorprendidos al encontrar también el cadáver del abogado de Paul y Samuel con un puñal clavado en la espalda. Y el de la mujer extraña de pocas palabras, Amy Campbell, en el exterior de la cueva. Su rostro reflejaba con una sonrisa eterna, la paz con la que se fue. Los cuadros del artista Paul Geller, flotaban en las calmadas aguas

del mar desde donde podía verse ese día, el mágico reflejo de la luna.

Los agentes de policía quedaron consternados ante las escenas que habían presenciado en el interior de la cueva a la que hacía años que nadie iba. Y aunque no evidenciaron nada sobrenatural, dieron por cerrado el caso de los asesinatos de las jóvenes, dando por sentado que James Levy era el asesino. Había herido de gravedad a Amy Campbell, que logró huir hacia el exterior de la cueva donde finalmente moriría. Derek Harrison, quedaría como el héroe que intentó salvarla y aunque logró acabar con el asesino, recibió un puñal traidor por la espalda y no

sobrevivió. Fin.

Paul y Samuel, eran libres. El caso se había resuelto y cerrado. Samuel indagó en el caso y aunque él tampoco pudo descubrir quien era ese hombre llamado James Levy, cuyo cadáver fue trasladado a una fosa común, veía claro que él había sido el culpable. Y había ido a por Amy aunque no cumpliera con el patrón por edad de las otras chicas. Extraño y triste caso. Más triste aún, contarle a su amigo Paul que Amy, había muerto.

-No puede ser. No puede ser...
No... -repitió Paul consternado por la noticia.

-Lo siento, Paul. El asesino fue a

por ella.

-La última vez que me vio no me reconoció. –explicó Paul emocionado.

-¿Estás de broma?

-Eso le pregunté yo.

-La última vez que la vieron fue en el pub de Murphy's con alguna cerveza de más. Karl me dijo que le presentó a un tipo llamado Tom como su pareja, pero al lado de Amy no había nadie.

-¿Tom? –preguntó Paul saliendo del estado de shock en el que se encontraba.

Paul cogió el coche y fue hasta *Butterfly*. Imaginó a Amy con su café y sus cigarrillos sentada en el porche

contemplando el paisaje. Ese día, las nubes tampoco habían cubierto el cielo de Dingle y por alguna extraña razón, estar ahí le hacía sentir bien. A salvo. La puerta estaba abierta. Paul miró a su alrededor. Con la esperanza de que todo se tratase de una broma pesada o una pesadilla; y Amy bajara por las escaleras o saliera del estudio en cualquier momento, con total normalidad.

La casa olía bien. Estaba limpia y ordenada. Unas lágrimas recorrieron el rostro de Paul y de nuevo, escuchó unos pasos. Lentos. Tranquilos. Una mano se posó sobre su hombro y le pareció escuchar el susurro de una mujer que le decía...

-Está bien... ella está bien...
-Abbey...

Paul abrió mucho los ojos. Instintivamente, fue hacia el estudio. El ordenador estaba encendido. Se sentó y leyó atentamente la última página de lo que era la novela de Amy. La había terminado antes de morir. Había logrado escribir su novela. Paul pasó toda la noche leyendo lo que le pareció una obra maestra... y en ese caso, con un final feliz que Amy en realidad, no había tenido. Con el corazón encogido, subió las escaleras y se tumbó en la habitación de invitados. En su habitación... aún podía oler la fragancia de Amy. Sentirla.

Pero el vacío al otro lado de la pared, le recordaba que ella ya no estaba. Cerró los ojos. Y antes de caer en un sueño profundo, escuchó nueve *clicks* del interruptor de la luz que procedían de la habitación de Amy.

-Amy... –susurró sonriendo.

Ella estaba allí. Seguía ahí aunque no la pudiera ver. Y de repente, ya sumergido en un precioso sueño en el que el escenario onírico era una playa luminosa con un mar tranquilo y resplandeciente, apareció Amy. Iba vestida de blanco con un vestido vaporoso y escotado. Su cabello ya no era corto. Había dado paso a una larga y

sedosa melena rubia. Sus ojos brillaban y sus labios, le sonreían.

-Estás aquí. –dijo Paul.

-Solo hoy. Solo esta noche. No podía irme del todo sin despedirme, Paul.

-¿Qué pasó?

-No tiene importancia. Estoy bien, estoy en paz.

-¿Con Tom? –preguntó Paul algo desilusionado.

-Sí, con Tom. Pero no te olvidaré jamás, Paul. Lo que tuvimos fue maravilloso, me hizo ver que en la vida, las segundas oportunidades existen. Y hubiera podido ser muy bonito pero... no tenía que ser así. Tenemos el destino

escrito y ahora, debes ser feliz. Siento no haberte reconocido la última vez que te vi. Créeme que no fue por mi culpa...

-Nunca sabré lo que pasó realmente ¿verdad?

-Mejor así, Paul. Mejor así... nadie sabrá nunca la verdad, pero... ¿Quién conoce la verdad absoluta de las cosas? Hay secretos que es mejor mantenerlos guardados bajo llave... Donde habita el olvido. –respondió Amy pacíficamente, acariciando dulcemente el pecho de Paul. –Recuérdame con cariño, Paul. Y recuerda a Abbey con amor... Pero vive. Date una tercera, una cuarta, una quinta oportunidad... las que hagan falta. Te estaremos esperando aquí y te guardaremos un pedacito de

cielo. Pero no tengas prisa, Paul.

-Te quise Amy.

-Lo sé. Y yo a ti, Paul. Ahora me tengo que ir.

-¿Te volveré a ver, mujer de pocas palabras?

Amy sonrió y asintió, alejándose lentamente de Paul sin dejar de mirarlo. Se esfumó adentrándose en las profundidades del mar, donde Paul pudo ver a un hombre que también sonreía y la acompañaba. Paul se sentó en la playa desierta hasta que empezó a llover... pero ni siquiera la lluvia onírica convirtió ese maravilloso sueño en una incómoda pesadilla. Paul disfrutó de la lluvia cayendo sobre su rostro mientras

contemplaba el cielo oscuro. A veces,
de las situaciones más difíciles, también
podemos sacar algo bueno...



“El secreto no es correr detrás de
las mariposas...
es cuidar el jardín para que ellas
vengan hacia ti”
(Mario Quintana)

**LONDRES, UN AÑO
DESPUÉS**

“*Llévame contigo*”, la novela de la periodista y escritora fallecida hacía un año Amy Campbell, se había convertido en el aclamado *Best Seller* del momento. Paul removió cielo y tierra para que la novela de Amy cayera en las manos de la mejor editorial londinense. Y así fue. Con la ayuda de Steve, que sintió mucho la muerte de su redactora predilecta, lograron que la misteriosa historia “*Llévame contigo*”, llegara a lo más alto y se tradujera con gran éxito de ventas en varios idiomas.

Desde aquella noche, Paul no había vuelto a soñar con Amy.

Tampoco la había sentido en *Butterfly*. Supuso que tenía mejores cosas que hacer en el paraíso con Tom, que visitarlo a él en sueños... o asustarlo con algún imprevisto movimiento por casa, desde el oculto plano de los muertos. Paul había logrado quedarse con la casa *Butterfly*. Le aportaba paz e inspiración para sus cada vez más demandadas obras. Por las tardes, aunque las nubes de Dingle lo pusieran difícil para ver el juego de colores del atardecer, Paul se sentaba en la arena de la playa. A veces con efímeras compañías y otras, en soledad. Recordando a Amy... siempre. Y a Abbey, a menudo.

El doce de marzo de 2016,

sería un día muy especial. Paul viajó a Londres, para una importante presentación de la novela “*Llévame contigo*” en la prestigiosa librería Waterstone’s, situada en la calle Piccadilly. Allí había quedado con Steve y algunos redactores del periódico local donde trabajaba Amy, que no querían perderse el evento. Los que aún no habían leído el *Best Seller* del año, estaban expectantes y deseosos por conocer más sobre el don del protagonista de la historia. Y sobre la escritora fallecida, algo que por lo visto, tenía que ver con las elevadas ventas de la obra, que Paul decidió donar a causas benéficas.

Aunque Paul había leído mil veces "*Llévame contigo*", no había obtenido respuestas a sus múltiples preguntas. ¿Por qué Amy? ¿Quién era ese hombre al que encontraron y culparon del asesinato de las jóvenes? El consternado pueblo de Dingle afortunadamente, había vuelto a la normalidad después de descubrir los tres cadáveres en la cueva.

Pero al menos, Paul a través de la lectura, sí conoció a Tom en profundidad. Sin lugar a dudas, el protagonista de la historia estaba basado en él. Y Paul vivió palabra a palabra su sufrimiento y tormento a través de visiones escalofriantes que Amy supo plasmar a la perfección.

-Paul, me alegra verte. –le saludó Steve emocionado. –A pesar de todo, apreciábamos a Amy. De verdad.

-Lo sé, Steve. Era una mujer de pocas palabras... –sonrió tristemente Paul.

-Sé que en otras circunstancias, habiéramos sido amigas. –sonrió una preciosa mujer de cabello castaño, ojos color miel y piel bronceada. –Me llamo Mel. Soy la recepcionista del periódico. –le informó a Paul coqueta.

-Es un placer, Mel. Soy Paul Geller.

-Lo sé... –Mel no pudo evitar una risita nerviosa que hizo que Stuart la mirara asombrado. –Admiro mucho tu

obra, Paul. De echo, me preguntaba si después de la presentación... te gustaría ir a cenar conmigo.

-¡Mel! No sabía que fueras tan atrevida. –rió Steve.

-Será un placer cenar contigo, Mel. –aceptó Paul, guiñándole un ojo y dándose una nueva oportunidad, tal y como le había pedido Amy en sueños.

La sala se llenó de gente. Todos, con la novela de Amy Campbell en las manos. Paul, sentado sobre una larga mesa acompañado de Steve y trabajadores de la importante editorial, observó como tantas otras veces, la fotografía de Amy en la contraportada. Parecía sonreírle. Le miraba fijamente

como solo ella sabía hacer... deseó volver a acariciar ese precioso cabello corto y besar esos labios... solo una vez más... solo una vez... Pero solo era un sueño. Un deseo... y él tenía que conformarse con el recuerdo. Y adaptarse a otros labios. A otras mujeres. A otra vida. Ya sin Amy.

-Señor Geller, por favor. Puede empezar. –dijo una de las editoras con una agradable sonrisa.

Paul se levantó de la silla y sonrió tímidamente. Nunca se le dio bien enfrentarse al público. Él, que siempre le había dado protagonismo a sus obras ocultándose en las sombras, ahora tenía

que dar la cara por la obra de otra persona. Pero esa otra persona, lo merecía...

-Gracias a todos por venir. Hoy os quiero hablar de "*Llévame contigo*", una novela que ha conquistado a millones de lectores en todo el mundo. Pero sobre todo... –suspiró amargamente. –Quiero hablaros de su autora. De Amy Campbell. Uno de los seres más especiales que he conocido.

Paul habló sobre Amy. Sobre las segundas oportunidades y el tiempo perdido. Sobre el dolor de la ausencia y el vacío del recuerdo. Sobre la vida y la

muerte. Sobre las personas y la soledad. Sobre el terror de la noche y la belleza de un atardecer. Los allí presentes, terminaron llorando de emoción, sin saber que desde el plano invisible de los muertos, una Amy orgullosa de Paul, sonriente y feliz junto a Tom, le daba la mano para que pudiera seguir su camino y que éste, resultara ser menos doloroso sin ella.

Porque a veces, el destino puede llegar a sorprendernos... solo debemos dejarnos llevar y seguir nuestro camino. Saber esperar. Confiar. La magia existe... no solo en seres especiales que visitan la tierra un ratito como Tom. La magia vive en cada una de las personas

que creen en ella. La magia nos convierte en seres poderosos como el aleteo enérgico de una mariposa, que puede lograr cualquier cosa que se proponga. La magia nos evita el tormento de cruzarnos con el lugar donde habita el olvido...

“Aquello que para la oruga
se llama fin del mundo,
para el resto del mundo se llama
MARIPOSA”
(Lao-Tse)

FIN

